LA NOVELA CÓMICA

EL MACHACANTE **10 cts.** *R. Hernández y J. Moyrón.*

—USTED ESTÁ FALTO DE ENERGÍAS. ¿QUIERE TONIFICARSE PRONTO Y AUMENTAR DE PESO? PUES TOME EL

HIPODERMOL

Los pedidos de números corrientes o atrasados, a la

Sociedad General Española de Librería

Caños, 1, Madrid.

CAMAS La casa que más vende en Madrid. Unica que garantiza su dorado inglés inalterable, es la acreditada Fábrica Cabeza, 34. **DORADAS**

Teléfono, M-951.

INTERESA LEER A TODO BUEN COMERCIANTE

"EL FABRICANTE ESPAÑOL"

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En España, 3 pts. al año.--En el Extranjero, 5 pts.

Redacción y Administración:

JUAN DE OLÍAS, 20

MADRID

El papel en que se imprime La Novela Cómica es fabricación especial de La Papelera Española

AÑO II Madrid, 11 de noviembre de 1917. Núm. 61

RICARDO HERNÁNDEZ

Y

JULIAN MOYRÓN

EL MACHACANTE

MELODRAMA EN DOS ACTOS, ESTRENADO POR LORETO PRADO Y ENRIQUE CHICOTE

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto, que representa el patio de un cuartel

PÉREZ.—(*Es cabo. Saliendo.*) ¿Cómo es eso? ¿No le tocaba barrer hoy a Bolo?

SOLDADO 1.º—(*Barriendo.*) Sí, señor; pero me ha pedido que le sustituya, porque le ha dao permiso el sargento Felipe pa dedicarse a la pe... dargogia.

PÉREZ.—¿A la qué?

SOLDADO 1.º—A la pe... Se me ha olvidao.

PÉREZ.—Y Bolo, ¿dónde está?

SOLDADO 1.º—Ocupao en eso de la pe... dar... gogia.

PÉREZ.—Está bien. (*Vase. El soldado hace mutis barriendo.*)

PISTÓN.—Pero ¿ande me llevas?

BOLODRÓN.—(*Con una cartilla en la mano.*) A que te oxigenes. Y, además, una cuadra no es el lugar más a propósito pa dedicarlo a centro de instrucción. Los pedagogos modernos ejercemos al aire libre. Conque aire. ¿L O? (*Sentándose los dos en el suelo.*)

PISTÓN.—¿L O?... Espera... L O... lo.

BOL.—¿Estás seguro?

PISTÓN.—Hombre, firmarlo no lo firmaría.

BOL.—Pues me has matao, porque en cuanto que dudas me hago un lío.

PISTÓN.—¡Rediez! ¡Vaya un maestro!

BOL.—¡Persigue!

PISTÓN.—Será presigue, tú.

BOL.—Pues presigue. La T con la E, ¿qué hace?

PISTÓN.—Pues hace Te.

BOL.—Bueno; y después del Te, ¿qué viene?

PISTÓN.—¿Después del Te?... Nada... Como no sea una copa de aguardiente.

BOL.—Si empiezas con cuchufletas, te vas a que te ilustren en el Ateneo. ¡Nos ha pulverizao!

PISTÓN.—¡Anda Dios, no te das poco postín!

BOL.—Si encima de estar desasnándote gratis me vas a tomar el vello cabelludo, avisa. ¿Continúas u no? ¿B A?

PISTÓN.—¿B A?... Pues B A hace..., hace... ¿Qué hace, maestro?

BOL.—Pues hace..., pues hace tanto tiempo que no repaso la cartilla...

PISTÓN.—¡Y todavía querías cobrar!

BOL.—La B con la A hace... Espera. (*Hablando con alguien que se supone estar dentro.*) Sargento Felipe, ¿pué usté venir un momento?

PISTÓN.—(*Muy alto.*) ¿Qué hace la B con la A?

FEL.—(*Dentro.*) ¡Va!

BOL.—Espérate, que dice que viene. ¡Qué envidia tengo al sargento Felipe! ¡Eso es talento! ¡Cómo lee la letra manuscrita! Pero no perdamos el tiempo y sigue.

PISTÓN.—B I... ¿B I?

BOL.—Mia que eres negao, Pistón. Lo está diciendo a gritos ello mismo. B I..., bu.

FEL.—(*Sargento.*) ¿Cómo va eso?

BOL.—Cuando el profesor tropieza con un elemento escolar negao pa el silabeo, como Pistón, queda la enseñanza como un guiñapo. Empieza por chunguearse del profesorao, y, claro, no hay medio de meterle en esa cabezota que B I, pongamos por ejemplo, es Bu.

FEL.—¿Conque B I es Bu?

BOL.—(*Rascándose la cabeza.*) Hasta hace poco, sí, señor.

FEL.—Quítate de mi vista, salvaje.

BOL.—(*Con admiración.*) Pero ¿no es Bu?

FEL.—B I es Bi. (*A Pistón.*) No te fíes de Bolodrón. Desde mañana te enseñaré yo.

BOL.—Entonces habrá sido un *lapus linguo* que ha sufrido el profesorao. Ahora, que pué usté preguntar lo que más rabia le dé del catón, porque a mí, todo él me da mucha rabia.

FEL.—¿No te da vergüenza que Pistón, en dos lecciones haya adelantado más que tú en cinco meses?

BOL.—(*Pavoneándose.*) ¡Claro! Pero ¡menudo maestro tiene!

PISTÓN.—Diga usted que cada día me dice una cosa distinta, y, claro, yo me hago un lío. Un día me asegura que H O Y es *hoy,* y al día siguiente...

BOL.—Te digo que es ayer. Aparte de que tú dispones de más tiempo que yo pa dedicarte a *caluniar* al silabario.

PISTÓN.—¡Anda, el silabario! Pues ¿qué tiés que hacer tú?

BOL.—¡Cuasi na! Que luchar con el silabario, que luchar con la escoba, que luchar con la estrución, que luchar con la novia...

FEL.—¿Qué instrucción? ¿No perteneces al pelotón de los torpes?

BOL.—No, señor. Porque tos mis compañeros aprendieron la estrución y se marcharon y yo me quedé solo.

FEL.—Vete a ver si han barrido. ¡A la cuadra!...

BOL.—Con mucho gusto. Si me nesecitas pa algo, ya sabes ande me tienes, Pistón.

PÉREZ.—Con su permiso, mi sargento.

FEL.—¿Qué ocurre?

PÉREZ.—Que ya se ha descubierto todo.

FEL.—¡Ah! ¿Sí? Y ¿cómo?

PÉREZ.—Verá usted, sargento Felipe: desde hace algún tiempo venía observando que Pérez estaba más gordo por las mañanas que por las tardes. Conque esta mañana, al salir de la compañía y ver lo que había engordao desde la noche anterior, le dije: "Pérez, ¿por qué no vas a que te reconozca el médico?, porque esa gordura no es natural." "No es natural, no señor" me respondió. "Pues ve a que te reconozca." Me dijo que le daba vergüenza, porque estaba muy mal formao. Un poco escamao con la respuesta, le digo:

"Anda, que te voy a reconocer yo." Le desnudo, y ¿sabe usted a qué era debida aquella gordura espontánea? Pues a quince sábanas que llevaba liadas al cuerpo.

FEL.—Y ¿qué disculpa dió?

PÉREZ.—Que se las llevaba pa los pobres; y con ésas son cincuenta las sábanas que se ha llevao.

PISTÓN.—Tenga usted en cuenta que hay muchos pobres en Madrid, cabo Pérez.

FEL.—Supongo que no le habrá impuesto usted ningún castigo.

PÉREZ.—Yo creo que si no se pone algún correctivo...

PISTÓN.—(Lo que es una guantá, no se la ha quitado nadie.)

FEL.—Perdone, cabo Pérez: usted no tiene que creer nada. En mi compañía no se imponen otros castigos que los que yo ordene, y bien sabe que no me agradan las violencias. Que hoy no se mueva de la compañía. Ya pensaremos la forma de corregirle. Si se da parte al oficial, el hombre irá a presidio, y más vale ese infeliz que cincuenta sábanas, por buenas que sean.

PISTÓN.—Que no lo son. Hay que ver lo que arañan.

FEL.—Yo le reprenderé, y verá cómo le encarrilamos por buen camino.

PÉREZ.—A la orden. (*Vase.*)

PISTON.—Con el tiempo vamos a verle a usted en el almanaque: San Felipe, sargento, virgen y mártir.

FEL.—Pistón, que te la ganas.

PISTON.—Pero si es usted el paño de lágrimas de tó el regimiento. ¿Que castigan a uno? Ya está usted intercediendo por él. ¿Que no dan a otro permiso pa ver a la novia? Pues usted influye pa que la vea, la hable y haga con ella lo que le dé la gana.

FEL.—Pues te has ganado...

PISTON.—(*Huyendo.*) Usted lo perderá. (*Al ir a darle el puntapié el sargento, desaparece por la izquierda Pistón, y entra Bolodrón, que lo recibe.*)

BOL.—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

FEL.—Dispensa, Bolo, ese no era para ti.

BOL.—Pues por lo que duele lo parecía.

FEL.—¿Qué quieres?

BOL.—Pues que el capitán Veneno... digo, el capitán Venero me manda a saber si está usted en su sitio; vamos, en su lugar descanse.

FEL.—Ya lo ves que sí.

BOL.—¿Y qué le digo?

FEL.—Lo que se te ocurra.

BOL.—No, si a mí no se me ocurre nunca ná.

FEL.—Dile que me tiene a sus órdenes.

BOL.—Eso ya lo sé. ¿Pero le digo que está usted aquí o que no está usted aquí?

FEL.—Sí, hombre, sí.

BOL.—¿Y que pué venir cuando se le antoje?

FEL.—No, hombre, no. Que si me necesita iré a verle yo.

BOL.—Y si no le necesita, que venga él a verle a usted.

FEL.—¿Dónde está el capitán?

BOL.—En el cuarto de banderas discutiendo si se daban judías o no se daban judías.

FEL.—Eres un Bolo.

BOL.—Sí, señor, ya lo sé.

FEL.—Pues anda y dile que voy en seguida. Y dile al cabo Pérez que se dé una vueltecita por aquí. Luego avisa al carpintero para que se vea conmigo. Después encarga que limpien bien los dormitorios. Y no te hagas un lío.

BOL.—No tenga usted cuidao. Le diré al cabo que se vaya; al carpinte-

ro que vea al capitán; a los dormitorios que se limpien. ¿Hay lío o no hay lío?

FEL.—¡Bolo! ¡Bolo! Vete al infierno y no hagas nada.

BOL.—Todos me dicen lo mismo. ¡Bolo, no hagas nada! Y yo, francamente, me aburro.

FEL.—¡Pero si todo lo equivocas!

BOL.—Yo quiero acertar y yerro; procuro acordarme y yerro; meto la cabeza, los pies y las manos en un asunto y yerro; me pongo malo de anemia y yerro. ¡Maldita sea! Pa alojar en la cabeza tantas cosas juntas se necesita tenerla llena de esa sustancia que dicen... verde.

FEL.—Gris.

BOL.—La diferencia es de color.

PISTON.—(*Saliendo.*) El capitán Veneno quiere hablar con usted para encargarle de un recluta de mala procedencia.

FEL.—Voy en seguida.

BOL.—Yo he visto al tío ese y es clavao pa una fototipria.

PISTON.—Pues mía tú; pué que haya salido, porque yo he visto a ese hombre u otro parecido no sé dónde...

FEL.—Algún vagabundo o desertor.

PISTON.—Pué que sea un prófugo a quien habrá que osequiar con una ración de calabozo.

BOL.—Que sí que es un osequio.

FEL.—¡Pobrecillo! Hay que apiadarse de las desgracias ajenas.

PISTON.—Usted siempre lo mismo. ¿A que no sabe de quién le traigo un recao?

BOL.—¿Anda, y yo también?

FEL.—De Lucía.

BOL.—Buen olfato. Yo también lo había golido.

PISTON.—Que la vea usté lo más pronto posible pa terminar las compras. ¡La pobre se impacienta!

FEL.—Me voy por no arrestarte. Veamos lo que quiere el capitán. (*Vase por el foro.*)

BOL.—Mira, Pistón, que un día te encuentras con que te arreen una tunda de palos.

PISTON.—¡Miau!

BOL.—¡Guau! Miá éste. Tú te confías porque el sargento es muy bueno y te quiere como a un hijo; pero un día se olvida del parentesco y te va a endiñar una de patás...

C. VEN.—(*Entrando.*) ¿Qué hace usted ahí?

BOL.—El capitán Vene...

C. VEN.—¿Eh?...

BOL.—Ve... ve... (¡Me afusila!)

C. VEN.—¿Y el sargento Felipe?

PISTON.—Acaba de salir...

C. VEN.—A usted no le pregunto.

PISTON.—(La culpa la tengo yo por querer hacer un favor.)

C. VEN.—Le pregunto a usted.

BOL.—¿A mí?

C. VEN.—Sí, señor; a usted.

BOL.—Bueno. ¿Y qué quié usté, mi capitán?

C. VEN.—El sargento Felipe, ¿dónde está?

BOL.—Acaba de salir a buscarle a usté, mi capitán.

C. VEN.—Vaya usted a decirle que estoy aquí. ¡Media vuelta a la derecha!

BOL.—¿A la derecha? (Vaya un compromiso.) (*Sin saber qué hacer. Hecho un lío.*)

C. VEN.—¿No sabe usted dar media vuelta a la derecha?

BOL.—No señor... digo, sí señor, pero se me ha olvidao. La tengo en la punta de la lengua.

PISTON.—(Hacia la parte de allá.)

BOL.—(¿Hacia dónde?) (*A Pistón.*)

C. VEN.—¡Pronto!

BOL.—(Pistón, que me lío. ¿Hacia ande está la derecha?)

C. VEN.—Lárguese usted de aquí.

BOL.—¿Por la derecha?

PISTON.—¡Vivo!

BOL.—(¡Que me lío más!)

C. VEN.—¡Rompan filas!

BOL.—¿Por la izquierda u por la derecha?

C. VEN.—Rompan filas. He dicho que rompan filas.

BOL.—Sí, señor; pero, ¿p'ande rompo?

C. VEN.—(*Dándole un puntapié.*) Por aquí.

BOL.—Con mucho gusto. (*Vase corriendo seguido de Pistón, haciéndose un lío al saludar.*)

FEL.—(*Entrando precipitadamente.*) ¿Me llamaba usted, mi capitán?

C. VEN.—Sí. Entre los nuevos reclutas hay un sujeto de malos antecedentes. Como la compañía a que usted pertenece es modelo, el coronel ha decidido que ingrese en ella el individuo en cuestión, para que usted le enderece.

FEL.—Agradezco a mi coronel su confianza y le ruego le diga que mi deseo es hacerme digno de ella.

C. VEN.—Todos los jefes le quieren a usted porque lo merece. Para mí tiene usted un defecto. Es usted demasiado blando... blando... demasiado benévolo... Pero en fin, eso es perdonable... Yo creo que ese sujeto si no es prófugo no le falta ni el canto de un duro. Mas hablando de otra cosa. ¿No advierte usted algo en mi cara? ¿No me nota usted cierta alegría? (*Más serio que un juez.*)

FEL.—Mi capitán, la verdad es que, así, al pronto no se nota... pero fijándose bien... (tampoco).

BOL.—¿Hay permiso?

C. VEN.—¿Qué quiere usted? ¿Es decente interrumpir una conversación?

BOL.—No lo sé, mi capitán.

C. VEN.—Sargento Felipe, hasta que lo sepa arreste usted a este hombre. Con cinco meses tendrá bastante.

FEL.—(Y dice que está contento.)

BOL.—¡Cinco meses a la sombra! Me vuelve la anemia y yerro.

C. VEN.—(*A Bolodrón.*) ¿Qué quiere usted?

BOL.—¿Se pué hablar?

C. VEN.—Veamos...

BOL.—Pedir permiso al sargento Felipe pa salir a una necesidad.

FEL.—¿Una necesidad?

BOL.—Pa comprar tabaco.

C. VEN.—¿Y pa eso nos interrumpe? Seis meses de arresto.

BOL.—Mi capitán...

C. VEN.—Siete. ¿Pone usted mala cara?... Ocho... nueve...

BOL.—(*Saltando.*) No, ca, si estoy muy contento... ¿No lo ve usted, mi capitán? Alegrísimo... Y muchas gracias por no haberme arrestao pa toa la vida... (A este tío le tengo sentao en la boca del estómago y me estropea las digestiones. Ya me ha sentao mal el rancho.) (*Vase.*)

FEL.—Mi capitán, yo le ruego a usted que perdone al pobre Bolodrón. Es muy bruto, pero muy bueno.

C. VEN.—Concedido, hombre, concedido. Yo arrestando y usted perdonando, puede más que yo. Y ahora escuche usted. Teniendo en cuenta los

jefes y la oficialidad que desde que se halla usted en el servicio ha sido un soldado modelo, hemos presentado una solicitud pidiendo el ascenso de usted a oficial. Este es el regalo que le ofrecemos a usted con motivo de su boda próxima.

FEL.—Mi capitán...

C. VEN.—Para lograrlo, hemos abierto una información en la que consten los méritos por usted contraídos. Como sólo nos falta para completarla lo que respecta al hecho heroico realizado por usted en Medellín, del cual sólo poseemos ligeras noticias...

FEL.—¿Eh? ¿Qué dice usted, mi capitán? ¡Medellín!... No, jamás, no...

C. VEN.—¿Pero se ha vuelto usted loco? Es usted demasiado modesto... Pero nosotros le obligaremos a aceptar el ascenso.

PISTON.—(*Entrando con Bolodrón.*) No seas bruto, Bolodrón. ¿No dices que fueron siete meses los que te han echao de arresto? Pus confórmate.

BOL.—Pero no estoy seguro. Suponte que no han sido más que cuatro y me chupo uno más por primo.

C. VEN.—¿Es irrevocable su resolución? ¿No quiere que pidamos informes de su heroico proceder en aquel suceso?

FEL.—No, no... Tan irrevocable es mi resolución, que si de ese paso dependiera mi ascenso, jamás me honraría con las estrellas de oficial.

BOL.—Perdone usted, mi capitán.

C. VEN.—¡Otra vez!

BOL.—Es que no estoy seguro con cuantos meses tuvo usted la bondad de obsequiarme. ¿Fueron quince días?

C. VEN.—Fueron diez.

BOL.—Diez días, ¿verdad? Muchas gracias.

C. VEN.—Diez meses. (*Vase.*)

BOL.—¿Diez meses? Mi sargento, ¿sabe usted cuándo asciende a general el capitán Veneno?

FEL.—Si no te vas ahora mismo de aquí, quedas arrestado para toda la vida.

BOL.—¡Rediez, si lo sé no vengo al servicio!

PISTON.—Ni yo.

FEL.—(*Como una fiera.*) Marchaos de aquí, dejadme.

BOL.—Caray; ahora mismo. (*Vanse Pistón y Bolodrón.*)

FEL.—No, no; esos informes serían mi perdición. (*Telón.*)

CUADRO SEGUNDO

El dormitorio del cuartel. Se ven en el fondo, penpendicularmente al público cuatro o cinco camas, las primeras de una serie que desaparece por la derecha. A la izquierda y derecha dos grandes arcos.

BOL.—Pase porque me birlaras la niñera del coronel, porque, al fin y al cabo, mejor te va a ti una niñera que a mí, por el aquel de la juventud, pero no me toques al ama de cría que tengo ahora, si no quiés que haiga una catástrofe en el cuerpo de cornetas.

PISTON.—Pero, ¿quién te ha tocao al ama?

BOL.—Tú. Pues qué te crees, ¿que no sorprendí la conversación que tenías el otro día en la plaza de Oriente junto a Su Majestad doña Urraca, que en paz descanse?

PISTON.—¡Amos, calla!

BOL.—¿No la dijiste, acariciando al niño, mientras le daba de merendar con su jugo lácteo: "Pero Ramona, ¿cómo es posible que una señora que

tié ese desarrollo pectoral y esas curvas posteriores, sufra pasión diánimo por ese animal de Bolo?"

PISTON.—¡Cuidao! Yo no dije animal.

BOL.—Bueno; dijiste con ese burro de Bolo. Y tú me dirás si el burro es animal u no es animal.

PISTON.—No te pongas así.

BOL.—Es que me duele que dos amigos...

PISTON.—(*Dándole un capón.*) ¡Pero hombre!

BOL.—Que me duele, tú. Pues como digo, me duele que dos amigos que nos llevamos talmente como Daóiz y Velarde, nos tengamos que matar por cuestiones femeniles. Porque, míalas, Pistón. Pase que me soplaras la niñera, pase que me soplaras la Jacinta...

PISTON.—Y son dos pases.

BOL.—Bueno, pues al tercer pase, te descabello.

PISTON.—Palabra de honor, que el ama no te la soplo.

BOL.—No, hombre, no, Pistón. Porque si me la quitas, ¿qué hago yo sin ama?

PISTON.—Comprarte un biberón.

FEL.—(*Entrando.*) ¿Está toda la gente?

PISTON.—Toda.

BOL.—Ahí se halla el *nuevo* esperando.

FEL.—¡Ah!, sí, el que me anunció el capitán. Dile que venga. Que vaya Bolo a buscarle. (*Mutis Bolodrón por la derecha.*) Y tú diles a todos que pueden retirar las mantas de las camas, porque el calor va apretando.

PISTON.—¿Dónde se dejan?

FEL.—En cualquier parte, sobre una cama vacía. Mañana se recogerán.

PISTON.—Está bien, mi sargento. ¡A la orden! (*Mutis por la derecha.*)

FEL.—Vamos a ver esa fiera, y preparémonos a domesticarla.

BOL.—(*Entrando con Juan Lucas.*) Mi sargento, aquí está el amigo. Mucho *cuidao,* porque mancha *entoavía* y eso que lo hemos fregao tres veces. Tenía más capas que una cebolla.

FEL.—¡Bolo! ¡Media vuelta a la izquierda! (*Bolodrón gira hacia la izquierda.*) ¿Qué es eso? ¿No lo haces ya al revés?

BOL.—Casualidá, mi sargento.

FEL.—¡Derech... march!

BOL.—La derecha es por allí. (*Señalando la izquierda.*)

FEL.—Por allí.

BOL.—¿No le dije a usté que era casualidad? (*Vase derecha.*)

FEL.—¿Cómo te llamas?

JUAN.—Juan Lucas.

FEL.—¿De dónde eres?

JUAN.—No lo sé.

FEL.—¿Qué edad tienes?

JUAN.—La que aparento.

FEL.—¿Y tus padres?

JUAN.—No los conozco. Me abandonaron de pequeño. Así es que me tiene sin cuidado.

FEL.—¿Les guardas rencor?

JUAN.—No; les pago en la misma moneda.

FEL.—Aquí estás bien; comerás, te educaremos...

JUAN.—¿En qué escuela?

FEL.—En la mía.

JUAN.—Entonces seguiré siendo lo que he sido.

FEL.—No te entiendo.

JUAN.—A tal maestro, tal discípulo.

FEL.—Sigo sin comprender.

JUAN.—Pues me parece extraño, porque siempre nos hemos entendido.

FEL.—¿Yo contigo?

JUAN.—¿No somos antiguos conocidos?

FEL.—(*Mirándole con recelo.*) Jamás te he visto.

JUAN.—¿Falta de memoria o de voluntad?

FEL.—Ni la una ni la otra.

JUAN.—Por mucho que te disfraces con ese uniforme de persona decente, siempre asomarán las manos denunciando que no lo eres.

FEL.—(*Se lanza sobre él.*) ¡Miserable!

JUAN.—Poco a poco, mi sargento. Desde que he entrado aquí te he estado observando, y aunque el tiempo y la buena vida han introducido algunas mudanzas en tu aspecto, no han logrado borrar el retrato del asesino del posadero de Medellín.

FEL.—¿Quién eres? ¡Habla!

JUAN.—Al fin, confiesas. ¿Ves como nos conocíamos?

FEL.—¡Calla!

JUAN.—¿Te acuerdas ya de mí? A pesar de los años transcurridos no has debido perder tanto la memoria. Cierto que nos vimos pocas horas. Pero en esas pocas pude apreciar tu valía para quitar hombres de en medio. Desde entonces me ligó a ti la admiración. Por eso yo no te he olvidado nunca.

FEL.—¡Tú eres!...

JUAN.—Sí, el chiquillo aquel que durmió contigo en la posada de Medellín; el que presenció tu disputa con el posadero; el que vió cómo te lanzaste sobre él y le ahogaste en el suelo; el que te siguió cuando, asustado, le dejaste tendido y huíste campo atraviesa.

FEL.—(*Abrumado.*) ¡No me acuerdo!

JUAN.—Pues la cosa no es pa olvidarse fácilmente.

FEL.—Estás equivocado; sería otro.

JUAN.—Después de todo, ¿a mí, que me importa? Yo no te iba a denunciar... No me conviene. Pienso sacar de tu amistad todo el partido que pueda mientras esté en el servicio. No vayas a creer que soy ambicioso. La faja de general no me alucina.

FEL.—No cuentes conmigo.

JUAN.—Eso, lo veremos. Y si te empeñas en seguir olvidando, una información que se abra te aclarará la memoria.

FEL.—Yo soy un hombre honrado.

JUAN.—Por lo menos te has hecho respetar, mientras que yo sigo siendo lo que fuí. He paseado por todas las cárceles, siempre como sospechoso; pero he tenido la fortuna de que nadie demostrase mi culpabilidad. Sigo siendo un sospechoso, es decir, un hábil. Los demás no pueden ostentar ese título, que si abren la puertas de la cárcel para entrar, también las abre para salir. Si tú entras, habrá siempre un cadáver tras de la puerta, que impedirá abrirla.

FEL.—(*Asustado.*) ¡Calla, calla!

JUAN.—No temas. Puedes continuar desempeñando tu papel. Odio a todo el mundo, porque todo el mundo es feliz menos yo. ¡Si ese todo el mundo fuese un hombre! ¡Con qué gozo lo destruiría con la boca, con las uñas, con los pies!

FEL.—Me causas asco. Vete. Mañana hablaremos.

JUAN.—Prometo ser tu amigo y ayudarte en toda obra mala que emprendas. Porque las buenas obras... se quedan para los tontos. (*Mutis derecha.*)

FEL.—¡Dios mío! ¡Me voy a volver loco! ¡Ese hombre es mi conciencia! ¡Y yo que creí borrarlo todo con una vida de sacrificios por los demás!... Pero callará...

BOL.—Mi sargento, con su permiso me voy a echar un poco, que tengo indigestión.

FEL.—Haz lo que quieras.

BOL.—El calor aprieta y quito la manta. (*Lo hace así y se echa en la cama.*) Mientras los otros se divierten oyendo a ese nuevo pájaro, yo me dormiré pensando en el ama. ¡Qué guapetona es y qué hermosos cría a los chicos que acoge en su seno! (*Simulando que reza.*) ¡Acógeme en tu seno! (*Se echa y ronca.*)

FEL.—¿Y si me denuncia? ¡Perder a mi Lucía! Antes me mato. (*Volviéndose hacia Bolodrón, que ronca.*) ¡Duerme, bruto! Sí, pero con la conciencia tranquila.

PISTON.—(*Con una manta, que echa sobre la cama de Bolodrón.*) Está cumplida la orden.

SOLDADO 1.º—(*Con una manta, que arroja sobre la cama de Bolodrón.*) No se podía ya aguantar esta manta. (*Se sienta en otra cama.*)

SOLDADO 2.º—(*Con otra manta, que echa encima de Bolodrón.*) ¡Uf! ¡Me asfixiaba! (*En otra cama.*)

SOLDADO 3.º—(*Con otra manta, que deja sobre Bolodrón.*) ¡Vaya una nochecita! (*Ocupa otra cama.*)

PISTÓN.—¿Qué tiene usted, mi sargento? Le veo a usted triste.

FEL.—Nada, Pistón; contrariedades.

SOLDADO 4.º—(*Con otra manta, que tira en la cama de Bolodrón.*) No puedo ni con la sábana. (*Queda en otra cama.*)

PISTÓN.—Quien le ha puesto de mal humor es, de seguro, ese Juan Lucas, que parece mal hombre.

FEL.—No, no...

BOL.—¡Ay, ay, ay! ¡Auxilio, socorro!

PISTÓN.—(*Acercándose con los cuatro soldados.*) ¡Bolodrón! ¿Qué tienes?

BOL.—¡Que debo estar muy malo! Que tengo una fiebre de 200 grados a la sombra. (*Todos ríen.*)

PISTÓN.—No, hombre, no; lo que tienes es una fiebre de 200 mantas. (*Ríen todos a carcajadas.*)

JUAN.—(*Entrando.*) Mi sargento. Con su permiso, me voy a ver una chica con quien me relaciono.

FEL.—No se puede salir ahora.

JUAN.—Es urgente. Hasta luego. (*Mutis izquierda. Pistón hace señas a sus compañeros y, al fn, se decide.*)

PISTÓN.—¿Si usted me permitiera también salir un momento?

FEL.—Pero...

PISTÓN.—¡Como ha dejado usted a Juan Lucas!

FEL.—Pero vuelve en seguida.

PISTÓN.—A escape. (*Mutis izquierda. Los cuatro soldados, uno detrás de otro, se acercan al sargento.*)

SOLDADO 1.º—Mi sargento.

SOLDADO 2.º—Mi sargento.

FEL.—Todos, idos todos; dejadme. (*Vanse los cuatro soldados por la izquierda. Bolodrón se acerca al sargento, no se atreve a hablarle, se rasca la cabeza, duda y, por fin, se lanza.*)

BOL.—Mi sargento, ¿me deja usted refrescarme, que buena falta me hace?... Como ha dejado usted a Pistón, tengo miedo de que vaya a buscar a la Ramona.

FEL.—Vete.

BOL.—Muchísimas gracias. (*Vase.*)

FEL.—No puedo resistirle. Soy suyo. Estoy perdido.

C. VEN.—(*Entrando por la derecha.*) Muy bien, sargento Felipe; el orden más perfecto reina en este dormitorio. Muy bien. Parece que no hay nadie. (*Marcando el mutis por la izquierda.*)

CUADRO TERCERO

Telón corto de calle. Sale Juan Lucas un tanto receloso, como si sospechara que alguien le siguiese. Hace mutis, y cuando Carmen se encuentra en mitad de escena, para continuar detrás de Juan Lucas, sale éste y la sorprende en sus funciones

CAR.—(*Demostrando temor.*) ¡Ah!

JUAN.—¿Conque era verdad?... ¿Conque me esperabas?

CAR.—(*Suplicante.*) Juan Lucas.

JUAN.—¿Qué quieres? (*Zarandeándola.*) Contesta... Habla...

CAR.—Que me haces daño. (*Sin protestar.*)

JUAN.—Pero ¿tú no me conoces ya? Cuando mando una cosa es pa que se me obedezca, ¿me entiendes? ¿No te he dicho que no quiero que te mezcles en mis asuntos, ¿para qué me sigues? Déjame en paz de llantos. Ya me tienes harto de tus lágrimas y de tus celos.

CAR.—Así pagas mi cariño.

JUAN.—Pero si yo también te quiero.

CAR.—No, Juan Lucas, no. Desde algún tiempo a esta parte no eres el mismo. Antes me querías. Hoy...

JUAN.—Hoy, ¿qué?...

CAR.—Que otra mujer me ha robao tu cariño.

JUAN.—¡Malditos celos! ¿Cómo voy a decirte que se trata de un negocio que, si sale bien, nos resolverá la vida pa siempre?

CAR.—No; quieres engañarme. Yo hago todo lo que tú quieras, porque pa mí no hay más Dios que tu cariño. Yo hago to sin preguntarme si es bueno o si es malo, porque lo que tú me mandas siempre será bueno. Pero no me engañes, no me dejes por otra mujer, porque tú tampoco me conoces, Juan Lucas. Si alguna vez me faltara tu cariño... No, no quiero pensarlo, porque me vuelvo loca. Ahora que, óyeme. ¿No dices que lo que ties entre manos es un negocio? Te creo. Pué que los celos me hayan hecho ver lo que no había. Pero si mis presentimientos se confirman, entonces, ¡mialas!, por la gloria de mi madre que no iba yo a llorar sola tu abandono: íbamos a llorar toos, porque te mataba.

JUAN.—(*Con cierto temor.*) Te va bien lo trágico. Ahora, que pues abandonar tu papel, porque no hay necesidad. Ya ves tú si se trata de un negocio en que na tien que ver las mujeres, que pensaba echar mano de ti pa que me ayudaras.

CAR.—Entonces, perdóname, Juan Lucas.

JUAN.—Te perdono pa que no digas que soy tirano.

CAR.—Y ¿a mí qué me importa que seas tirano, si te quiero?

JUAN.—Pero si no comprimes esos celos, tendré que prescindir de ti. Y ahora, vete, que tengo que ultimar detalles.

CAR.—Adiós. (*Vase.*)

JUAN.—Adiós. ¡Maldita sea mi suerte! Hay momentos en que los hombres nos convertimos en bestias. ¿Pa qué me complicaría yo la vida con la niña ésa?... Verdad es que cuando la puse cerco estaba bonita de veras; pero ya con los llantos y... Pero, ¡bah!, como me salga bien lo que tengo entre manos, me llevo a Lucía, pongo tierra por medio y... Al fin y al cabo, ésta no es mi

mujer. Pero y ese Felipe, ¿dónde s'habrá metido, que tarda tanto? ¡Ah! Allí viene.

FEL.—(*Pensativo.*) ¡Mañana! ¡Al fin, mañana! Y después...

JUAN.—Te aguardaba.

FEL.—¡Déjame! Nada tenemos que hablar. Todo está dicho.

JUAN.—Todo, no. Mira... Yo soy tu amigo. Jamás te haría daño si no fuese porque te has atravesado en mi camino.

FEL.—Tú en el mío.

JUAN.—No. A la posada de Medellín llegaste tú después que yo.

FEL.—A casa de mis amores llegaste para sembrar odios.

JUAN.—Tú me llevaste a ella. ¿Soy culpable de que donde había amor yo lo sintiera?

FEL.—No era amor el tuyo, era codicia del ajeno

JUAN.—Cuando se ama no se piensa en el daño, sino en el provecho. Yo vi a Lucía y sentí dentro algo que nunca he sentido. Me sentí capaz, por ella, ¡hasta de ser bueno! Déjame serlo. ¡De ti sólo depende! (*Suplicante.*) Renuncia a ella y salvas a un hombre. ¿No cedes?

FEL.—Jamás.

JUAN.—¿Sabes a lo que te expones?

FEL.—A tu denuncia. No me importa. Nadie te creerá.

JUAN.—Mira que te suplico...

FEL.—No había de querer a esa mujer y, sin embargo, no te la entregaría a ti.

JUAN.—¡Por última vez!

FEL.—Por última vez te digo que te desprecio.

JUAN.—Pues no será tuya.

FEL.—No será mía... Tal vez... Ni tuya. (*Al hacer mutis Juan Lucas tropieza con Bolodrón, que sale muy pensativo.*)

BOL.—Mia si te estrellaras, ladrón.

PISTÓN.—Bolo, que te va a volver la anemia.

BOL.—Que me *volva*. Esto que está pasando desde que Juan Lucas entró en el cuartel da fin de mi existencia.

PISTÓN.—Hombre, no sé si será por eso o por otra cosa; pero tu existencia está pa terminar de un momento a otro. Mira quién viene por allí.

BOL.—¿Quién, la Ramona? ¡El capitán Venero!

C. VEN.—¿Cómo es eso? ¿No estaba usted arrestado?

BOL.—Sí, señor, mi capitán.

C. VEN.—Y ¿cómo está usted en la calle?

BOL.—Bien, ¿y usted, mi capitán?

PISTÓN.—Es que ha salido a airearse un poco.

BOL.—Eso, mi capitán: a airearme un poco; porque como voy a estar tantos días sin que me dé el aire, pué que me apolille.

C. VEN.—¡Media vuelta a la derecha!

PISTÓN.—(Sí, como si cantaras.)

C. VEN.—¡A la derecha!

BOL.—Sí; si lo he oído, mi capitán. Ahora que, mi capitán, yo iba a buscar a la... que me está esperando allí.

C. VEN.—Pues se va usted por ahí. (*Por el sitio contrario.*)

BOL.—(Me has matao.)

C. VEN.—Andando. (*Marcando el mutis.*)

BOL.—(Mia, Pistón, u se va este hombre del regimiento u me marcho yo. Semos incompatibles.)

C. VEN.—Andando.

BOL.—Sí, señor, andando. Este tío me es más antipático que el ricino. (*Vanse. Telón.*)

CUADRO CUARTO

Trastienda de una tienda de sombreros. Al foro se ve la tienda con el género. A la derecha, mampara que figura dar salida por el portal

BOL.—¿Se pué pasar? Oye, tú, no se pué pasar. (*Pistón pasa.*) Pues sí que se puede. Qué taciturnio está esto. Paece un cementerio.

PISTÓN.—Lo que parece es que la boda se aleja más cada día. Ya se ha aplazado dos veces.

BOL.—Es que aquí se ha *perdío* la alegría y el buen humor. A mí no hay quien me quite de la cabeza que Juan Lucas ha traído la mala sombra a esta casa, y al cuartel, y a todas partes.

PISTÓN.—Ese hombre no deja al sargento Felipe ni a sol ni a sombra. Parece que le tiene secuestrado.

BOL.—Y el sargento, que era antes talmente unas castañuelas, ahora está más triste que una viuda reciente.

PISTÓN.—Ties razón.

BOL.—Hombre, lo que ha hecho conmigo ese ladrón de Juan Lucas no se lo perdono aunque viva más años que un loro.

PISTÓN.—Qué, ¿te ha quitao el ama?

BOL.—Pistón, si yo me he destetao hace la mar de tiempo. Lo que me ha quitao es la plaza de machacante, que no te digo yo que sea una bicoca; pero ¿qué hago yo ahora si me falta la única ocupación que tenía?

PISTÓN.—Además, que Juan Lanas hace cuanto le da la gana.

BOL.—Y lo peor no es eso. Lo peor es que he notao que hace traición al sargento.

PISTÓN.—¿Que le hace traición?

BOL.—Verás: el otro día, cuando yo vine, estaba na menos que haciendo el amor a la señora Lucía, y ella le dijo que si insistía se lo iba a contar to al sargento.

PISTÓN.—Y Juan Lucas, ¿qué contestó?

BOL.—Se sonrió *sordánicamente*, y na más.

PISTÓN.—Hay que vigilar. El sargento Felipe es muy confiado y muy bueno. Estemos prevenidos.

LUCÍA.—(*Entrando.*) ¿Y Felipe?

PISTÓN.—Ahora vendrá.

BOL.—Nos ha *mandao* de descubierta.

GREGORIA.—Y ¿has descubierto algo?

BOL.—Que es usted la mamá política más *churrigueresca* del mundo.

GREG.—No me pongas motes.

BOL.—¿Yo motes? ¡Si la pondría yo a usted en el propio cajón del pan de San Antonio! Pa mí es usted como si fuese la patrona de la Caballería.

PISTÓN.—¡Vaya una comparación!

BOL.—Más alta no la puedo poner. Porque no estaría muy bien, que digamos, de veleta en una torre.

LUCÍA.—¿Sabéis si hay algo nuevo?

PISTÓN.—Nada. Ya no falta ningún requisito para la boda, y pasado mañana será ella.

LUCÍA.—Con tal de que no venga otro nuevo inconveniente...

GREG.—No seas pelma, mujer.

LUCÍA.—Tengo unos presentimientos que no me dejan dormir.

BOL.—Si yo me fuese a casar con usted tampoco podría dormir.

PISTÓN.—De fijo.

GREG.—¡Mira Bolo lo que sabe!

BOL.—Señá Gregoria, eso lo sabe cualquier bolo.

PISTÓN.—Por muy bolo que sea.

LUCÍA.—Estoy inquieta, de malhumor, como si me fuese a ocurrir alguna desgracia. Noto en Felipe también una gran preocupación.

BOL.—Aprensiones. Cuando uno se va a casar siempre anda *preocupao*. ¡Ahí es nada el paso!

PISTÓN.—A veces, un mal paso.

BOL.—No lo decimos por usted, señá Lucía, ni por el sargento.

PISTÓN.—Precisamente van a componer la pareja más completa de la tierra.

BOL.—Y pa que la cosa fuese más completa, quisiera ser yo el capellán que los casara. ¡Qué bien haría yo de capellán! ¡Y hablando en latín!

PISTÓN.—Ni Dios te entendería.

FEL.—(*Entrando.*) Buenas.

JUAN.—(*Idem.*) Y santas...

LUCÍA.—¡Felipe!

FEL.—¡Alma mía!

JUAN.—¡Empieza el dúo!

PISTÓN.—(*A Juan Lucas.*) ¿A ti, qué te importa?

JUAN.—¿Y a ti?

BOL.—Mira, Juan Lucas, o Juan Demonio, me *pacce* que no vamos a hacer muy buenas migas. ¿Se pué saber pa qué sirve su excelencia?

JUAN.—Para romperte algo que te sobra: la cabeza.

BOL.—Pué ser que antes te corte yo lo que te sobra a ti: la lengua.

PISTÓN.—¡Haya paz entre compañeros!

BOL.—¿Yo compañero de este trotacaminos?

FEL.—¿Qué es eso? ¿Ya estáis riñendo?

BOL.—Es lo menos que se pué hacer con este sujeto. Desde que usted le proteje va tomando unas alas... ¡Milagro será que el pájaro no sea de mal agüero!

FEL.—Haz el favor de callar. Juan Lucas es amigo mío y no tolero que nadie le moleste.

BOL.—Ese *cuidao* debía él tomarse con usted.

PISTÓN.—Ponte el bozal, Bolo; no muerdas todavía.

GREG.—¿Por fin va a ser la boda pasado mañana?

JUAN.—O al otro día. ¿A qué tanta prisa?

FEL.—Será pasado mañana.

JUAN.—(¡Felipe! Será cuando yo quiera.)

FEL.—(Pasado mañana.)

JUAN.—(Lo veremos.)

PISTÓN.—Y asistirán representaciones del regimiento. Los jefes desean dar una prueba de su cariño al sargento Felipe.

BOL.—Es natural. ¡Como que debía venir a la boda todo el regimiento *formao* y de gala!

PISTÓN.—Con bandera y música.

LUCÍA.—¡Cuánto te quieren todos! ¡Pero advierto en ti una tristeza!... ¿Es que ha disminuído tu cariño?

FEL.—Te adoro hoy más que nunca.

LUCÍA.—¡Lo dices de una manera!...

FEL.—¿Cómo quieres que te lo diga?

JUAN.—(No puedo verlos juntos. Por ella sería capaz de asesinarle.)

BOL.—(*A Pistón.*) Fíjate en los ojos que les echa Juan.

PISTÓN.—Ya lo veo.

BOL.—Maquina algo.

PISTÓN.—Haz como que no lo observas y cállate.

GREG.—(*A Juan Lucas.*) ¿Ha visto usted qué parejita hacen? Debemos estar todos satisfechos.

JUAN.—Yo, más que nadie. Felipe es mi mejor amigo. Por mí es hombre y es honrado.

GREG.—¿Por usted?

BOL.—(*A Pistón.*) ¿Oyes lo que dice ése?

PISTÓN.—(*A Bolodrón.*) Oigo.

LUCÍA.—¿Qué dice Juan Lucas?

GREG.—Que Felipe se lo debe todo a él, y que hasta para casarse le ha pedido el consentimiento.

FEL.—¡Eso, no!

JUAN.—Hablaba de lo mucho que me quieres.

FEL.—Eso, sí.

JUAN.—Y que tu cariño hacia mí te llevaría a los mayores sacrificios. Figúrense ustedes cuán extraordinario será su afecto, que si yo quisiera...

LUCÍA.—¿Qué?

JUAN.—Si yo quisiera, hasta me cedería la novia...

LUCÍA, GREG., PISTÓN y BOL.—(*Al mismo tiempo.*) Eso, no. Imposible. Mientes.

JUAN.—Y hasta su mujer, si la tuviera.

FEL.—¡Jamás!

LUCÍA.—Pero ¿qué dice ese hombre?

JUAN.—(*Acercándose a ella.*) Digo la verdad, y lo sostendré siempre. Digo que me gusta usted mucho. Digo que la quiero a usted como un bruto. Digo...

FEL.—(*Con violencia.*) ¡Basta!

JUAN.—Digo que es mi voluntad que éste no se case con usted.

LUCÍA.—¡Felipe!

FEL.—Y yo digo que me casaré, y digo que eres un miserable, y digo que te aplastaré si pronuncias una palabra más.

PISTÓN.—¡Bravo, sargento Felipe!

BOL.—¡Muy bien, mi sargento!

PISTÓN.—Este tío está borracho.

JUAN.—(*Por Felipe.*) ¿Ustedes creen que tienen ahí una joya? Con una palabra la convertiría en un guiñapo. ¡Sargento Felipe, esa mujer ha de ser mía; lo dicho!

FEL.—(*Arrojándose sobre él.*) ¡Jamás!

JUAN.—(*Defendiéndose.*) Antes o después, no me importa.

FEL.—(*Asiéndole por el cuello.*) ¡Bandido! ¡Las vas a pagar todas juntas!

LUCÍA.—¡Por Dios! ¡Separadlos!

FEL.—No te librarás de mis manos. (*Le arroja al suelo y le atenaza por el cuello.*)

JUAN.—(*Medio ahogado, en voz baja.*) ¡Quieres matarme como al posadero! (*Más alto.*) ¡Asesino! ¡Asesino!

FEL.—(*Horrorizado, le suelta.*) ¡No! ¡No! ¡No! (*Todos se quedan mirándole con lástima, mientras Lucía se abraza a él y Juan Lucas se levanta y se dirige al foro, echándoles miradas de odio.*)

CUADRO QUINTO

Una sacristía. Al foro, puerta de entrada; otra, a la derecha, que da acceso a la iglesia. Mesa con los libros parroquiales o anaquelería donde se guardan los ornamentos sagrados.

SACRISTÁN.—¿No pasa usted a la iglesia, militar?

PISTÓN.—(*Dice que no con la cabeza.*)

SAC.—¿Tiene usted malas ideas? Quiero decir ideas disolventes.

PISTÓN.—(*Hace signos negativos.*)

SAC.—¿Quizá por el calor?
PISTÓN.—(*Insiste en negar.*)
SAC.—¿Le entristecen las bodas?
PISTÓN.—(*Niega.*)
SAC.—¿Será por?...
PISTÓN.—No se moleste usted. No paso porque hay un sujeto que me da cien patás...
SAC.—Pues si a mí me diese una sola le reventaba, si Dios me lo permitía.
PISTÓN.—(¡Lástima que no te lo permita!)
SAC.—(*Rezando.*) ¡Amén! (*Se persigna.*)
BOL.—(*Saliendo por la puerta de la iglesia.*) Te estás perdiendo un espectáculo de primera. El cura les lee unas cosas en latín pa que se enteren...
SAC.—(*Disponiéndose a marchar y tosiendo.*) *Libera nos Dómine.*
BOL.—Beso a usted la mano.
SAC.—(*Alargándole la mano.*) *Benedicte in nómine Patri...*
BOL.—¡Arrea! Si es que... Se la besaré, para no dejarle a usted más feo.
SAC.—*Fili et Espíritu Sancti.* (*Mutis.*)
BOL.—Enterao. ¡Qué manía la de hablarle a uno en latín! Pero ¿qué piensas?
PISTÓN.—En las cosas que pasan en este cochino mundo. ¿Quién iba a suponer que después de aquella escena entre el sargento y Juan Lucas habían de seguir tan amigos como antes?
BOL.—Desfallecimientos del corazón. Yo también estoy desfallecido. El estómago toca a rancho.
PISTON.—No piensas más que en comer.
BOL.—Y en beber. Pero, siguiendo tu idea, has de reconocer que desde aquel día Juan Lucas paece otro.
PISTÓN.—¿Tú crees?
BOL.—Ya lo viste. Le pidió perdón casi llorando, y ahora talmente es una madre pa él.
GREG.—(*Entra. Abrazando a Lucía.*) ¡Hija de mi alma!
PISTÓN.—Pero, señora, ¿no lo estaban ustedes deseando? ¿A qué viene ese lloro?
GREG.—Bien se conoce que no eres madre, Pistón.
BOL.—Tié usted razón señora Gregoria. (*A Pistón.*) ¡Bien se conoce que no eres madre! (*Llorando.*)
PEDRO.—(*A Felipe.*) Enhorabuena y que no haya novedad.
FEL.—Gracias, señor Pedro.
PEDRO.—(*A Lucía.*) Y que no haya novedad.
BOL.—Que la haya, señor Pedro, que la haya. Por algo se casa...
PEDRO.—¡Hombre!
PISTÓN.—A su debido tiempo, y con su cuenta y razón...
JUAN.—Yo también os felicito y os pido perdón a los dos. Deseo que en lo sucesivo me consideréis como un verdadero amigo, ¡qué digo como un amigo!: como un hermano.
FEL.—Gracias, Juan Lucas; ya eres otro.
BOL.—¿Lo estás viendo, Pistón?
PISTÓN.—Bolo, eres cada vez más bruto.
BOL.—Me choca.
JUAN.—La prueba de mi rectitud en todos los actos de mi vida, la tendríais si os contase una historia en que fué protagonista un amigo mío.
GREG.—Déjela para otra hora.
FEL.—Si te creemos.
PISTÓN.—Esta no es ocasión de contar cuentos.
BOL.—Hombre, si interrumpís no estaremos al cabo de la calle en un año.
PISTÓN.—(*A Bolodrón.*) No quiero oírle. Le detesto. ¿Quieres venir? Te convido a un pitillo.

BOL.—Mucho me gusta el pitillo, pero las historias también me gustan.
PISTÓN.—Y a cinco céntimos de cacahuéts...
BOL.—¿Quieres anticipar el banquete de la boda?
PISTÓN.—Vamos.
BOL.—Como quieras. (*Ambos hacen mutis.*)
JUAN.—Ya hace mucho de esto. Me encontraba yo en una posada de Extremadura, durmiendo tranquilamente, cuando entró un muchacho, que pasó la noche en el cuarto inmediato al mío. No me vió. Yo, a él, sí. Muy de mañana se levantó y, al salir, el posadero, no sé por qué, trabó pendencia con el huésped. El caso fué que aquel mozo acabó por arrojarse sobre el buen hombre y, sujetándole en el suelo, le dejó sin vida. Creo que después robó cuanto había en la posada y desapareció. Yo, único testigo del lance, me apresuré a abandonar aquellos lugares, y, aunque me prendieron como presunto autor del crimen, oculté el nombre, que conocía, del matador. Libertáronme por falta de pruebas y aquí estoy dando testimonio de mi fidelidad a un mozo conocido de breves horas. Si esto hice por quien ni siquiera esperaba que me lo agradeciese, ¿no he de hacerlo mejor por mi excelente amigo el sargento Felipe?
LUCÍA.—Y ¿quién era aquel hombre?
GREG.—¿Lo conoce usted?
JUAN.—Mucho.
PEDRO.—Hable usted. Entre nosotros quedará guardado el secreto.
JUAN.—Alguno a quien tratáis podrá dar fe de la verdad de lo que he referido. Baste lo dicho para que me tengáis por hombre capaz de todo... lo bueno que deseo a los novios... Adiós. (*Mutis por el foro.*)
PISTÓN.—Ahora podemos estar tranquilos.
BOL.—Ya se ha ido ese feto...
LUCÍA.—(*A Felipe.*) Pero ¿qué te pasa? ¿Te has puesto malo?
BOL.—Al sargento le pasa algo.
PISTÓN.—Nada, hombre, nada. Están en los síntomas preparatorios de las ternezas.
FEL.—(*Cogiendo del brazo a Lucía y llevándola a un lado.*) Oye, Lucía...
LUCÍA.—¿Qué?
FEL.—Yo...
SARGENTO.—(*Entrando con dos soldados.*) ¡Sargento Felipe!
FEL.—¿Qué hay?
SARG.—De orden superior, dése usted preso.
FEL.—Estoy a su disposición.
LUCÍA.—¡Felipe! ¡Mi Felipe! ¿Por qué?
TODOS.—¡Preso!
PISTÓN.—¡Pobre! ¿Qué ha pasao aquí?
BOL.—¡Y yo que le quería como a una madre!

ACTO SEGUNDO

Taller de modista de sombreros en un piso bajo. A la derecha, dos ventanas en que se exponen aquéllos. Puerta-mampara al foro y dos ordinarias a la izquierda

TERESA.—Pues os advierto que los sueños suelen salir muchas veces.
ELVIRA.—¡Ay, si me saliese el que tuve anoche!
ROSARIO.—¡Cuenta! ¡Cuenta! ¿Qué soñaste?
ELV.—Que me había casado con un general, pero un general guapo, de ojos negros, de bigotes negros...

TER.—¡Un general con bigotes negros! ¡Serían teñidos!

ELV.—¡Quieres callarte! Mi general no tenía más que veintiocho años.

ROS.—Te habrás confundido con un cabo.

ELV.—Pues, como os iba contando, la noche de la boda, y cuando estábamos solos, me dijo: "Elvirita, mañana tengo que levantarme a las siete." Debo advertiros que mi general estaba en maniobras. De pronto oí una voz que me gritaba: "Elvirita, que son las siete." Abro los ojos con espanto, creyendo encontrarme con mi general, y me encontré con mi madre, que me sacudía para que viniese al taller.

TER.—¡Qué lástima! ¡Perder un general así, de cualquier modo, como se pierde una aguja!

ELV.—Si yo fuese hombre viajaría sin cesar...

TER.—Toma, y siendo mujer también puedes viajar.

ELV.—¿Cómo?

TER.—Dedicándote a cupletista.

ROS.—Pues es verdad.

TER.—Sería cosa de pensarlo.

ELV.—Ya os estoy viendo ensayar ante el espejo y cantar los cuplés en boga, para ver si os resulta la idea de Teresa.

TER.—Y ¿por qué no?

ELV.—Entre pasar la vida adornando sombreros para las demás, tal vez para las cupletistas, y comprarlos una misma, es preferible lo último. ¡Si yo acertara con el truco!

TER.—Todo es cuestión de intentarlo.

ELV.—Vale la pena.

ROS.—¡Menudo grupo de cupletistas va a salir de este taller!

TER.—Pa conquistar España.

BOL.—¿Se permite a dos criaturas el paso al país de las hadas de moda?

ELV.—Pase el hado.

PISTON.—Qué lástima que yo no sepa tocar más que la corneta.

BOL.—Toavía eres muy joven. Cuando seas grande como yo...

ELV.—¿Qué?

BOL.—Que en cuanto España haga la guerra a Turquía me hago turco sólo por tener harén y llevarlas a toas ustedes de odaliscas.

PISTON.—(*A Bolodrón.*) ¡Sultán!

BOL.—Que me confundes con un perro.

ELV.—Gracias por el *obsequio,* pero no tenemos vocación.

TER.—Nos vamos a dedicar todas al cuplet.

BOL.—¿Al cuplet? Pues cuenten ustedes con un servidor pa mimo.

PISTON.—Pa mimos cuenten ustedes también conmigo.

ELV.—No los necesitamos.

BOL.—¡Ay!, que no necesitan mimos, oye.

PISTON.—Porque no los han probao.

BOL.—¡Miá, en cuanto me probarais a mí, que en fuero intestinal tengo un corazón que no me cabe en ninguna parte!

PISTON.—¡Y yo que en cuanto hago así con los ojos derrito a una jamona!

BOL.—Oye tú, que el jamón no se derrite.

TER.—Bueno, flor y nata de la milicia, ¿qué les trae por aquí?

ELV.—¿Quieren comprar un sombrero para la novia?

PISTON.—No lo usa todavía, necesita ascender.

BOL.—Pues veníamos a decirle a la señora Lucía que su marido sigue bien, pero encerrao.

PISTON.—Y que de un momento a otro le verá el Juez militar pa darle la noticia de que acaso tenga que pasar a la jurisdicción ordinaria la causa,

puesto que el delito lo cometió el sargento Felipe antes de entrar en el servicio.

BOL.—Pues yo sigo no creyendo nada de este embrollo.

PISTON.—Ni yo.

BOL.—Todavía no hace ocho días que esta casa era una sucursal de la Filarmónica.

PISTON.—Y hoy parece un valle de lágrimas.

ELV.—Doña Lucía no cesa de llorar.

TER.—Está loca por su marido.

BOL.—Natural.

PISTON.—Pues es necesario que esto acabe, porque tó es hijo de un enredo.

BOL.—No me cabe duda.

PISTON.—La cuestión está en averiguar quién ha denunciao al sargento Felipe.

BOL.—Incónita.

PISTON.—¿Quién?!

BOL.—Incónita.

PISTON.—¿Por qué le han denunciado?

BOL.—Incónita.

ELV.—La verdad es que nadie puede creer que el sargento Felipe haya matado a nadie.

TER.—¡Claro!

ROS.—¡Qué disparate!

ELV.—¡Tan simpático!

PISTON.—La corneta me apostaba yo a que es inocente.

BOL.—Idem, ídem.

PISTON.—¿Qué digo, la corneta? La cabeza...

BOL.—Idem, ídem. Bueno, la cabeza no porque no tengo más que ésta.

PISTON.—A mí se me ha metido una cosa en la cabeza... Eso es... Voy... Le hablo... Me dice... Yo le contesto... El me replica... ¡Ya está!... ¡Bolo!... ¡Media vuelta a la derecha... o a la que aciertes! ¿Te enteras?

BOL.—De tó. (Bueno; no me enterao de na, pero es igual, no me entero nunca.)

PISTON.—Paso ligero... ¡March!

BOL.—¿Ligero? ¡Corriendo! (*Sale detrás de Pistón muy despacio.*)

ELV.—¡Pero maestra, por Dios!

TER.—Todavía no hay razón para desesperarse.

LUCIA.—(*Llorando.*) ¿Os parece poco? Encerrado en un calabozo tantos días... Y cuando lo saquen tal vez será para fusilarle.

ELV.—¿Quién le ha dicho a usted ese disparate?

LUCIA.—La ordenanza militar es muy severa.

ELV.—Acaban de salir de aquí el corneta Pistón y Bolodrón y nos han dicho que la causa iba a pasar a la *jurisdición* ordinaria. ¿Usted sabe qué es eso?

LUCIA.—Sí, mujer, sí. Que la causa militar será enviada al Juez civil.

TER.—Eso mismo.

ELV.—Entonces el Juez civil no puede mandar fusilarlo.

TER.—Naturalmente.

ROS.—Ese lo que puede hacer es mandarlo ahorcar.

LUCIA.—¡Dios mío!

ELV.—(*A Rosario.*) No seas bestia.

LUCIA.—Antes se mataría. Le conozco bien.

ELV.—¡Quién sabe lo que ocurrirá! Dios aprieta, pero no ahoga

LUCIA.—Aprieta demasiado. Yo no puedo resistir más.

TER.—Yo le he puesto una vela a Santa Rita pa que se le arreglen a usted las cosas.

ELV.—Yo no le pongo velas a Santa Rita, porque le he pedido dos o tres cosas y no me han salido.

TER.—Serían imposibles.

ELV.—¿No es abogada de los imposibles?

LUCIA.—Gracias, hijas, gracias. Y pedid a Dios que ponga fin a mis males.

ELV.—Lo pediremos.

TER.—Con mucho gusto.

ROS.—Hasta mañana.

LUCIA.—Muchas gracias, hijas mías, hasta mañana. (*Vanse Elvira, Teresa y Rosario por la segunda izquierda.*)

LUCIA.—(*Al verle entrar.*) ¡Juan Lucas!

JUAN.—Vengo de verle.

LUCIA.—Hable usted pronto. ¿Qué noticias me trae? ¿Está bien Felipe? ¿Qué piensa? ¿Se halla más sereno?

JUAN.—Procedamos con calma. No debo ocultarla que la cosa anda mal.

LUCIA.—Lo suponía.

JUAN.—Felipe está trastornado y complica su situación de un modo terrible.

LUCIA.—¡Pobre!

JUAN.—Pero no hay que amilanarse. Usted es su mujer y la única que no debe abandonarle en estos momentos.

LUCIA.—¿Yo abandonarle? Daría mi vida por salvar la suya.

JUAN.—De eso se trata, de salvarle.

LUCIA.—¿De salvarle?

JUAN.—Sí. Y poco he de poder o lo he de conseguir.

LUCIA.—¿Y yo que dudaba de su afecto hacia nosotros?

JUAN.—Usted nunca debió dudar. Sabe que siempre la he querido.

LUCIA.—¿Y a él?

JUAN.—También. Hubo un instante en que, cegado, pude ser capaz de cometer con Felipe cualquier infamia. Pero aquello pasó. Ahora manos a la obra. Hay que salvar a Felipe.

LUCIA.—¿Y qué es preciso hacer?

JUAN.—Con el concurso de unos amigos, he preparado para esta noche la evasión de Felipe.

LUCIA.—¡Eh! Eso es una locura.

JUAN.—Mayor locura sería ir a la horca o, cuando menos, a presidio para toda la vida.

LUCIA.—¡Calle usted! ¡Calle usted!

JUAN.—Su declaración ha sido terminante. De modo que la pena que le aguarda será la más grave. ¿Quiere usted que la cumpla?

LUCIA.—No, no.

JUAN.—Al venir aquí no he tenido más propósito que avisar a usted para que se disponga a seguir a su esposo adonde la lleve.

LUCIA.—Pero... ¿Felipe lo sabe?

JUAN.—Sí.

LUCIA.—¿Y está conforme con ello?

JUAN.—En su nombre vengo. Esta noche le facilitaremos la salida de la prisión y se reunirá con usted en lugar seguro. Después, cuando pasen unos días, podrán abandonar Madrid sin el menor peligro.

LUCIA.—Juan Lucas, ¿no le parece a usted que eso es una locura?

JUAN.—(¡Qué pesadez!) Al contrario, lo tengo por lo más razonable.

LUCIA.—Si él lo ha dispuesto así, cúmplase su voluntad.

JUAN.—(¡Gracias a Dios!) Pues vámonos cuanto antes.

LUCIA.—Un momento... Ponerme la ma ntilla... coger dinero... Lo necesitaremos.

JUAN.—Pero pronto... El tiempo apremia... (*Vase Lucía por primera izquierda.*)

JUAN.—Esto marcha.

CAR.—(*Desde el foro, misteriosamente.*) ¡ Juan Lucas.

JUAN.—¿Tú? ¿Qué quieres?... ¿Para qué vienes aquí?

CAR.—Te he seguido por si podía serte útil en algo.

JUAN.—En na; te pues marchar.

CAR.—¿En na?... Oye, Juan Lucas.

JUAN.—Te digo que te vayas. (A ver si se de la otro y me lo estropea to.)

CAR.—Como quieras. Pero no olvides lo que te he dicho.

JUAN.—¿De qué?

CAR.—Ya lo sabes. (*Mutis foro.*)

LUCIA.—Vámonos, Juan Lucas, y que Dios se le pague a usted todo lo que está haciendo por Felipe y por mí.

JUAN.—Es un deber... (*Vanse por segunda izquierda.*)

BOL.—¡Anda pus si se han marchao las completistas! ¡Y yo que las traía preparás cuatro frescas!

PISTON.—No es hora de pensar, sino de sentir.

BOL.—Mira, Pistón; no te pongas marcha fúnebre porque no te sigo.

PISTON.—No estoy fúnebre, Bolo; pero tengo aquí, en la garganta, una cosa que me ahoga.

BOL.—Enginas.

PISTON.—No.

BOL.—Pues abre la boca.

PISTON.—No seas bruto, Bolo. No te das cuenta de que la pobre señora Lucía se va a quedar viuda muy pronto.

BOL.—Sí, que es una lástima; pero se pué volver a casar como viuda y virgen y mártir.

PISTON.—Quiero decir que al sargento Felipe le van a... vamos, a ahorcar...

BOL.—¿Pero por qué le han de ahorcar? ¿No te he dicho que yo no creo que haya matao a nadie?

PISTON.—Pero con que tú no lo creas, si lo cree el Juez, to arreglao.

BOL.—Será que es muy burro. Y yo tampoco creo que un Juez sea un burro. porque no conozco a ningún burro que sea Juez.

PISTON.—Discurres con la mochila.

BOL.—Lo que debemos hacer es presentarnos los dos a ese señor y decirle que el sargento es un alma de lo más puri l.

PISTON.—¿Y aunque le digas eso, qué? Te pedirá las pruebas de la inocencia del sargento.

BOL.—Y yo se las pediré a él del crimen que ha cometío nuestro superior. ¿Lo vió él Juez? ¿Qué testigos le acusan? Una denuncia homónima y nada más.

PISTON.—Sí, pero esa denuncia ha sido confirmada en gran parte, según aseguran en el cuartel, por la propia declaración del interesao.

BOL.—¿Y quién es el interesao?

PISTON.—El sargento Felipe.

BOL.—¿Y quién es el interesao en acusar al sargento?

PISTON.—Tengo una sospecha.

BOL.—Pues dila, recrío.

PISTON.—Juan Lucas.

BOL.—Me has dao una idea.

PISTON.—Ya sabes que el sargento y Juan Lucas estuvieron a matar, porque el pillastre ese hacía el amor a la señora Lucía antes de casarse.

BOL.—Me acuerdo; pero luego hubo avenencia...
PISTON.—Eso parece... Juan Lucas es muy malo, un hipócrita...
BOL.—Chico, yo creo que tiés talento... esa idea que mas dao.
PISTON.—Y nariz.
BOL.—No, nariz no tiés mucha..
GREG.—(*Por primera izquierda.*) ¿Qué hacéis, hijos? ¿Traéis alguna novedá de mi yerno? ¿Se ha escapao ya?
PISTON.—¿Escapao?
BOL.—¿De dónde?
GREG.—De la prisión. ¿Pero no contaba también con vosotros?
PISTON.—¿Qué está usted diciendo, señora?
BOL.—¿Que se ha escapao el sargento? ¿Cuándo?
GREG.—Esta noche.
BOL.—¿Pero ha recibido usted ya el radiosgrama?
GREG.—No, pero me lo ha dicho mi hija.
PISTON.—¿Y a ella quién se lo ha cantao?
GREG.—Juan Lucas.
PISTON.—¿Ha estao aquí?
GREG.—Acaba de salir con Lucía.
PISTON.—¡Diablo!
BOL.—Esto se embrolla.
GREG.—Han ido corriendo a no sé dónde, a esperar a Felipe... Y no sé más...
PISTON.—Bolo; eso es muy extraño.
BOL.—Un lío de Juan Lucas.
PISTON.—Un lazo que ha tendío a la señora Lucía.
BOL.—Un lazo corredizo.
GREG.—¿Qué decís?
PISTON.—Que Juan Lucas la ha engañao pa sacarla de aquí.
BOL.—Lo que no se me ocurre a mí no se le ocurre a nadie.
PISTON.—Vamos a ver al sargento y si está en la prisión, el engaño es cierto... Entonces, yo te juro que ese mal hombre las paga toas juntas, aunque haya que tomar un aireplano.
BOL.—Pa aireplano no cuentes conmigo. Yo solo subo en globo cautivo. (*Cuadro.*)

CUADRO SEGUNDO

Sala de las Prisiones Militares donde se halla el Juzgado instructor. Una mesa junto a la cual está sentado el capitán Sánchez. Otra próxima, a la que están sentados el sargento Rodríguez y el cabo Pérez. Sobre las mesas papeles y rollos de causas, tinteros y plumas. Sillas y un banco arrimado a la pared. En ésta, y sobre la mesa en que se halla el capitán, hay colgado un retrato del rey. Otra puerta lateral.

CAP.—Concrétese el testigo a responder a las preguntas que se le dirijan.
BOL.—(*Saludando.*) A la orden de usía, mi capitán.
CAP.—Baje, baje usted la mano.
BOL.—Como usía quiera, mi capitán. (*Se mete una mano en el bolsillo y con la otra empieza a hurgarse la nariz.*)
CAP.—¡Baje usted la mano!
BOL.—¡Ya baja! (*Se la quita rápidamente, cuadrándose.*)
CAP.—¿Qué sabe usted de la vida del sargento Felipe?
BOL.—Mire usía, mi capitán, a mí no me ha gustao nunca meterme en vidas ajenas.

CAP.—¿No, eh?

BOL.—No, señor; no soy curioso.

CAP.—(*Mirándole la ropa.*) Ya se ve, ya se ve.

BOL.—Muchas gracias, mi capitán.

CAP.—Vuelvo a repetirle a usted que concrete.

BOL.—¿Que concrete?

CAP.—Sí, señor, que sea usted concreto.

BOL.—Yo soy lo que usía quiera. ¿Usía quiere que me haga concreto? Pues me hago concreto con mucho gusto. (Yo no sé qué será eso.)

CAP.—¿De modo que usted no sabe nada de la vida del sargento Felipe?

BOL.—Lo que sabe toa la compañía; lo que tó el batallón, lo que tó el regimiento, lo que tó el cuartel. Lo que de seguro ya sabrá usía, mi capitán. Que el sargento era un padre pa tós los soldaos y pa mí padre y madre; que jamás puso la mano encima a nadie; que rara vez nos reñía y que cargaba él siempre con las faltas nuestras. Sé que tós, con el permiso de usía, nos hubiéramos dejao matar por él y que ninguno de la compañía cree que haya matao a nadie. Por más que esto tampoco lo cree usía, mi capitán.

CAP.—¡Silencio!

BOL.—Me callo, con el permiso de usía; pero a mí no me la da usía; ya sé que usía no lo cree...

CAP.—Usted no sabe nada, ¿me entiende usted? Usted no sabe nada.

BOL.—No, señor, nada.

CAP.—¿Usted sabe las profesiones que ha tenido el sargento Felipe antes de entrar en el servicio?

BOL.—No, señor; yo no sé nada.

CAP.—¿Oyó usted alguna vez al procesado palabras que tuvieran relación con el delito que se le imputa?

BOL.—No, señor; yo no sé nada.

CAP.—¿Usted sabe quién ha presentado contra él la denuncia origen del proceso?

BOL.—No, señor.

CAP.—Entonces, usted no sabe nada.

BOL.—No, señor; nada.

CAP.—Puede usted retirarse.

BOL.—Con permiso de usía. ¿He sido concreto, mi capitán?

CAP.—Sí, hombre, sí. Vaya usted con Dios.

BOL.—Pues me alegro. (¿Qué será concreto?)

CAP.—(*Llamándole.*) Espere un momento, allá junto a ese banco, por si le necesito.

BOL.—A la orden.

(*El sargento Rodríguez no hace más que levantarse y volver a sentarse en el borde de la silla*).

CAP.—Estimo, señores, que en la instrucción de este sumario nadie podrá tacharnos de injustos por ser benévolos. La benevolencia es compatible con la justicia; mas en el caso presente, no sólo es compatible, sino que al dejar de ser benévolos dejaríamos de ser justos.

S. ROD.—(*Que se sienta y se levanta rápidamente.*) ¡Ay!

CAP.—¿Qué es eso? ¿Qué diablos le pasa a usted, sargento Rodríguez? ¿Por qué no se sienta?

S. ROD.—Es que no puedo, mi capitán. Tengo, con el permiso de usted, un divieso y...

CAP.—(*Al cabo Pérez.*) ¿Hay más testigos?

S. ROD.—¡Ay! (*Sentándose y levantándose.*)

CAP.—Pues que pasen.

S. ROD.—No hay más.

CAP.—En qué quedamos, ¿hay o no hay?

S. ROD.—¡Ay! (*Consigue sentarse.*)
CAP.—Enterados.
PÉREZ.—Queda el corneta Pistón.
CAP.—Que entre. (*Al cabo Pérez.*)
PISTÓN.—¿Se puede pasar? Buenos días. ¡Hola, Pérez! ¿Va bien, mi capitán? ¿Y el grano, sargento Rodríguez? ¡Adiós, Bolo!
CAP.—¡Silencio!
PISTÓN.—A la orden, mi capitán. Supongo que me llamará usté, mi capitán, para...
CAP.—Usted no tiene que suponer nada.
PISTÓN.—Yo hacía esta suposición, con permiso de usted, mi capitán...
CAP.—Yo no le he dado a usted permiso para suponer nada, y le prohibo que pronuncie una sola palabra sin mi consentimiento.
PISTÓN.—Bueno, bueno; no se enfade usté por palabra más o menos. Aquí me tiene usté más achantao que el secreto del sumario.
CAP.—Cuando usted acabe hablaré yo.
PISTÓN.—(*Se tapa la boca con las dos manos.*)
CAP.—¡Silencio! ¿Conoce el testigo al sargento Felipe?
PISTÓN.—(*Calla, apretando la boca.*)
CAP.—Conteste usted, corneta Pistón. ¿Qué espera?
PISTÓN.—Permiso pa hablar.
CAP.—Hable usted.
PISTÓN.—Con permiso. Bueno, pues como he tenido el honor de decir a usté, mi capitán, ya suponía yo que se me llamaba...
CAP.—¡Silencio!
PISTÓN.—(Ya me ha quitao el permiso.)
CAP.—Le he preguntado a usted que si conoce al sargento Felipe.
PISTÓN.—(*Se echa a reír.*)
CAP.—¿De qué se ríe usted?
PISTÓN.—De la pregunta. Pero, hombre, ¿no le he de conocer?
CAP.—(*Muy severo.*) Y a mí, ¿me conoce usted?
PISTÓN.—Pero ¿estamos en Carnaval?
CAP.—¡Corneta Pistón!
PISTÓN.—A la orden, mi capitán.
CAP.—Hable usted... Pero cíñase a la pregunta.
PISTÓN.—¿Que me ciña?
CAP.—Sí, señor: cíñase usted.
PISTÓN.—Bueno; no se ponga usted así, mi capitán; me ceñiré.
CAP.—Concreto...
BOL.—(Ya pareció aquello.)
CAP.—Le he preguntado a usted que si conoce al sargento Felipe.
PISTÓN.—¡Vamos, que preguntarme si conozco al sargento!
CAP.—Responda simplemente sí o no.
PISTÓN.—Sí o no.
CAP.—Sí.
PISTÓN.—Sí.
CAP.—¿Qué significa eso?
PISTÓN.—Que sí, señor.
CAP.—Que conoce usted al sargento Felipe y se encuentra dispuesto a ayudar al juez en el esclarecimiento del hecho, ¿no es eso?
PISTÓN.—No, señor.
CAP.—¿Eh?
PISTÓN.—Significa que conozco al sargento, pero nada más.
CAP.—¿Desde cuándo le conoce usted?
PISTÓN.—Desde que entré en el servicio a tocar la corneta.
CAP.—Y ¿cuánto tiempo hace que toca usted lo corneta?

PISTÓN.—Un mes, a lo sumo, porque me ha costao mucho trabajo el aprender.

CAP.—Pregunto el tiempo que lleva usted en el servicio.

PISTÓN.—¡Ah! Pues año arriba o abajo...; verá usted, mi capitán: yo nací...

CAP.—¡Silencio! ¿Me va usted a contar su vida?

PISTÓN.—Sí, señor, si a usted le interesa.

CAP.—No, señor, ni me importa.

PISTÓN.—Como usted quiera.

CAP.—Parece que usted tenía gran amistad con el sargento.

PISTÓN.—Como que era mi padre, mi madre y mi maestro.

CAP.—Usted le llamaba padre, ¿no es así?

PISTÓN.—Y se lo sigo llamando; pues ahora, siendo desgraciado, es cuando le hace más falta el cariño de un hijo.

CAP.—¿Cómo se explica usted, entonces, que un hombre que disfruta de tan buena reputación haya cometido ese delito?

PISTÓN.—(La preguntita se las trae.)

CAP.—Responda usted.

PISTÓN.—Y usted, ¿cómo se lo explica, mi capitán?

CAP.—Yo no tengo que darle a usted explicaciones.

PISTÓN.—Ni yo a usted tampoco.

CAP.—¡Cómo se entiende!... ¿Por qué?

PISTÓN.—Porque no me lo explico de ninguna manera.

CAP.—¡Ah!

PISTÓN.—No creo que el sargento haya matao a nadie.

CAP.—Eso afirma toda la compañía.

PISTÓN.—Me alegro. Así verá usted, mi capitán, que no soy yo solo, sino que estoy acompañao por toa la compañía.

CAP.—Pero es un absurdo. ¿Ignora usted, acaso, que el sargento ha confesado su delito?

PISTÓN.—No, señor.

CAP.—Entonces, ¿cómo insiste usted en decir que es inocente?

PISTÓN.—Porque sí, señor.

CAP.—¿No tiene usted otra razón que darme?

PISTÓN.—No, señor.

CAP.—Entonces, usted es un idiota.

PISTÓN.—Sí, señor...; es decir: no, señor.

CAP.—Sí, señor.

PISTÓN.—Pues como usted quiera. Ahora, que verá usted, mi capitán...

CAP.—Si me va usted a contar alguna historia, puede usted retirarse a ese banco.

PISTÓN.—(Si con tos los testigos hace lo mismo, pa mí que no se entera de na.)

CAP.—(*Al cabo Pérez.*) Que pase el procesado. (*Vase el cabo Pérez.*)

PISTÓN.—(¡El sargento! ¿Quién le dice ahora: "Sargento Felipe, la señora Lucía ha sido robada por ese miserable!" No, yo no le digo eso. Mi obligación es ver si descubrimos el paradero de Juan Lucas, y probar que él es el denunciante del sargento Felipe.)

BOL.—¿Qué dices, Pistón?

PISTÓN.—Que hay que denunciar a Juan Lucas como autor de toda esta tramoya.

BOL.—No tenemos pruebas.

PISTÓN.—Se buscan.

BOL.—¿En dónde?

PISTÓN.—Yo las encontraré.

FEL.—(*Abrazando a Pistón y a Bolodrón.*) ¡Hijos míos!

PISTÓN.—¡Padre!

BOL.—Mi sargento... Yo no creo nada, yo no creo nada de eso.

PISTÓN.—Ni yo. ¿Verdad que to es mentira?

FEL.—¿Y Lucía? ¿Y mi pobre mujer? ¿La has visto, Pistón?

BOL.—Desesperá.

PISTÓN.—Siempre llorando. (Yo no se lo digo.)

CAP.—Vamos, serénese usted, sargento Felipe, y piense en que si como jueces le pedimos cuentas de un delito, como superiores tenemos para usted palabras laudatorias.

FEL.—Gracias, mi capitán.

CAP.—Su capitán y su amigo. Tranquilícese usted y siéntese. (*Hablan el capitán y Felipe, simulando que éste declara.*)

BOL.—¡Pobre sargento!

PISTÓN.—No puedo resistir la pena. (*Ponen atención a la declaración.*)

CAP.—(*A Felipe.*) ¿De modo que insiste usted en confesar su delito?

PISTÓN.—(No pué ser.)

FEL.—Sí, señor.

PISTÓN.—No.

CAP.—Silencio. Pero ¿insiste usted?

FEL.—Sí, señor. No quiero mentir. He jurado a usted decir la verdad, y la digo.

PISTÓN.—Mi sargento, yo, en su lugar...

CAP.—Calle usted.

PISTÓN.—(Este tío no quiere que hable nadie mas que él.)

CAP.—¿De modo que se confiesa usted autor de la muerte del posadero?

PISTÓN.—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué dice?

CAP.—¡Silencio! (*Pistón se aproxima al sargento Rodríguez, que está escribiendo, y escucha anhelante, para no perder ni una frase de la declaración.*)

FEL.—Sí, mi capitán: aquella noche no había probado ni una migaja de pan. Vi la posada y entré. Cené y me acosté. A la mañana siguiente declaré al posadero la verdad. No tenía para pagarle. Prometí volver cuando lo tuviera. Entonces, el posadero, después de insultarme me pegó, me acometió...

PISTÓN.—¡Con un cuchillo!

FEL.—Eso, con un cuchillo. Yo me lancé sobre él. Me volví loco, le cogí entre mis brazos... y salí huyendo de la posada y de Medellín, dejando a un hombre sin vida, en el suelo.

PISTÓN.—¡Jesús! ¡Dios mío!

CAP.—¿Qué te pasa?

PISTÓN.—Que eso que dice el sargento Felipe no puede ser verdad...

CAP.—¿Por qué no?

PISTÓN.—Porque no es posible.... no es posible que él, un hombre tan bueno, sea el asesino de mi padre.

FEL.—¡Cómo!

CAP.—¿Tu padre era?...

PISTÓN.—El posadero de Medellín.

BOL.—Esto se enreda cada vez más. (*Cuadro.*)

CUADRO TERCERO

Cuarto de banderas. Puerta grande al foro y otra pequeña en primero derecha. Mesa, sillas, mecedoras. En la pared, un retrato grande del rey

TENIENTE 1.º—Estoy de acuerdo con éste: la mujer es perjudicial, pero necesaria.

TEN. 2.º—Tanto como necesaria...

TEN. 3.º—Sí, sí, absolutamente necesaria.

TEN. 1.º—¡Qué sería de nosotros sin la mujer!

TEN. 3.º—¡Bendita sea la mujer!

TEN. 1.º—¡Las mujeres! ¡Benditas sean las mujeres de todos los países, siempre que no pasen de los treinta, y si pasan, que no se les note que han pasado!

BOL.—¿Hay permiso?

TEN. 1.º—Adelante, Bolodrón.

TEN. 2.º—A tiempo llegas. Vamos a ver. ¿En qué concepto tienes tú a la mujer?

TEN. 1.º—¿Qué opina el gran Bolodrón de la mujer?

BOL.—¿De la mujer de quién?

TEN. 1.º—De la mujer en globo.

BOL.—¿De la mujer en globo? Pues que la mujer en globo está muy expuesta.

TEN. 1.º—Te preguntamos de la mujer en general, bien en globo o como simple peatona.

BOL.—¿La mujer? Pues que es lo que más me gusta.

TEN. 1.º—Y a nosotros. Pero ¿qué concepto tienes tú de ella?

BOL.—Según... De la Ramona tengo muy mal *conceto*.

TEN. 2.º—¿Por qué?

BOL.—Porque es una sinvergüenza. Me ha dejao por el sargento Rodríguez. Así es que se me ocurre sobre ella ca cosa...

TEN. 3.º—Todas son iguales.

BOL.—¿Iguales que la Ramona? Pues estamos frescos.

TEN. 1.º—¿La querías mucho?

BOL.—¡Ay, mi teniente! Con decirle a usted que era mi despensa...

TEN. 2.º—Eso es un título a tu afecto.

BOL.—Como que dende que me ha dejao me he quedao a dieta, u a rancho, que es peor que a dieta. (*Llora.*)

TEN. 1.º—No llores, hombre. Más ha perdido ella. ¿En dónde va a encontrar un hombre tan guapo y tan gallardo como tú?

BOL.—Eso ya lo sé yo, y bien de veras que se lo he dicho: mira que no hay otro de mis hechuras en to el regimiento; mira que no encuentras otro de menos escrúpulos que yo; mira que la Naturaleza no ha críao mas que un Bolo...

TEN. 3.º—¿Y qué?

BOL.—Que debe haber más, cuando me ha dejao. (*Rompe a llorar ruidosamente.*)

TEN. 1.º—¡Pobre Bolodrón! Lo mejor es despreciarlas.

BOL.—Pues está usted a tiempo, mi teniente, porque ahí está esa joven que viene a visitarle toas las guardias.

TEN. 1.º—¿Lola?

BOL.—No lo diga usted, porque me ha encargao mucho que se lo comunicase a usted solo. (*Todos se ríen.*)

TEN. 1.º—¡Y has cumplido bien el encargo!

BOL.—Ahora, que yo, en su lugar de usted, mi teniente, no me fiaría mucho. Porque si la Ramona ha opinao que hay muchos como yo, pa mí que ésta es de la opinión de la Ramona y opina que hay muchos tenientes como usted.

TEN. 1.º—Todas son iguales, Bolo. Si a ti te ha quitado tu Ramona un sargento...

BOL.—A usted puede que le quite ésta un capitán.

TEN. 1.º—Es lo más probable. Ahora, que siempre me quedaría el recurso de quitarle al sargento su Ramona.

BOL.—Y a mí, ¿qué recurso me queda?

TEN. 1.º—El de fastidiarse.

BOL.—Lo que es eso..., ya veremos. ¡Bueno es el niño pa quearse siquiera sin un ama de cría!

CAP.—¡Vaya una criatura! ¡Encantadora! ¡Deliciosa!

BOL.—(Otro enamorao de la Ramona.)

TEN. 2.º—¿Lola?

CAP.—La misma.

TEN. 3.º—Ya estoy viendo al sargento Rodríguez sin su Ramona.

CAP.—¿Qué dice usted?

BOL.—(Este se la quita al teniente, el teniente se la quita al sargento, yo se la quito... al Nuncio. Porque yo necesito hacer una barbaridad.)

CAP.—Y crean ustedes que si no estuviese tan ocupado en el proceso del sargento Felipe, otro gallo le cantara a esa muchacha.

BOL.—(Un verdadero gallo.)

TEN. 2.º—Un trabajo bien inútil, mi capitán, puesto que tendrá que inhibirse de entender en el asunto la jurisdicción militar.

CAP.—Naturalmente. ¡Pero me interesa la suerte de ese pobre muchacho!

TEN. 3.º—Y ¿hay algo nuevo?

CAP.—Hasta ahora, no. Estamos esperando respuesta al exhorto que he librado a Medellín demandando relación detallada del crimen.

TEN. 3.º—¡Pobre sargento! El mejor del regimiento.

TEN. 2.º—Ya lo creo.

CAP.—Y lo sorprendente es que el posadero asesinado era el padre del corneta Pistón.

TEN. 2.º—¡Qué atrocidad!

CAP.—Creo que el corneta podrá hoy mismo prestar declaración. El pobre, al saber que el sargento era el asesino de su padre, sufrió un ataque y hubo que trasladarle a la compañía. Su declaración me interesa. Acaso puedan obtenerse de ella ciertas aclaraciones sobre puntos algo obscuros que veo en el proceso. (*Al llegar cerca de la puerta se retira, tosiendo maliciosamente.*) (¡Diablo de mujeres! Tienen sitiado el cuartel.) Señores, si ustedes quieren, pueden salir a tomar el fresco... Por mí...

LOS TRES.—Con su permiso.

TEN. 2.º—Chicos, teníais razón: son necesarias. (*Vanse los tres.*)

CAP.—Y tú, ¿qué quieres?

BOL.—Preguntarle a usted si sigo siendo concreto...

CAP.—Sí, hombre, sí; déjame en paz.

PISTÓN.—¿Da usted su permiso?

CAP.—Adelante. ¡Como! ¿Eres tú?... Y ¿qué tal te encuentras?

PISTÓN.—Algo mejor. Pero se me va la cabeza y ando así como si estuviera montao en alambre. ¡Después de to, pa lo que vive uno!...

CAP.—Vamos, muchacho, es preciso no desesperarse.

PISTÓN.—Pero, mi capitán, si soy más desgraciao que el pobre Bolodrón, que no hay bofetá que se pierda en el cuartel que no se la encuentre en un carrillo. Lo que me pasa a mí no le pasa a nadie. Era entoavía así como quien dice una rata..., y zas, se me muere mi madre. Todavía la lloraba, cuando me asesinan a mi padre. Y ¿quién?... El sargento... Y ¿dice usted que no me desespere?... Mi capitán, ni que fuera uno de cemento armao.

CAP.—Pues yo estaba deseando que te restablecieras.

PISTÓN.—Muchas gracias, mi capitán.

CAP.—Para que prestaras declaración.

PISTÓN.—(Pues retiro las gracias.)

CAP.—Espero que aportarás al sumario algún detalle interesante.

PISTÓN.—Yo presencié el asesinato de mi pobre padre.

CAP.—¿Tú?... ¿Te encuentras en condiciones de prestar hoy mismo declaración?

PISTÓN.—¿Hoy?... Ahora, si usted quiere. Cuanto antes, mejor. Creo que ése es mi deber. (*Toca un timbre el capitán.*)

BOL.—¿Hay permiso?

CAP.—¿Sabes si está en la compañía el sargento Rodríguez?

BOL.—Sí, señor: está en la compañía... en la compañía de la Ramona.

CAP.—¿Y quién es esa Ramona?

BOL.—¿Que quién es la Ramona? Pero mi capitán, si la conoce tó el regimiento; tiene una sal... y unas... y unos... Bueno...

CAP.—Bueno, sí, basta ya, y dí al sargento Rodríguez que se presente ahora mismo aquí.

BOL.—¿Y que se lo diga yo?

CAP.—Sí, hombre, sí.

BOL.—Pero... (*Hace ademán de que le va a pegar.*)

CAP.—Si te pega, vienes y me lo dices. ¿No sabe el sargento Rodríguez que está prohibido pegar a los soldados?

BOL.—No, señor, no debe saberlo.

CAP.—¡Pues lo sabe!, sí, señor, lo sabe.

BOL.—Entonces se le ha olvidao.

CAP.—Yo se lo recordaré.

BOL.—Advierto a usted que tiene muy mala memoria.

CAP.—Anda, vete, y dile que me traiga el proceso del sargento Felipe.

BOL.—De seguida. (*Mutis.*)

CAP.—De modo que decías, Pistón, que tú presenciaste el asesinato de tu padre, ¿no es eso?

PISTÓN.—Eso es, mi capitán.

CAP.—¿Y qué edad tenías tú entonces?

PISTÓN.—Unos ocho años.

CAP.—Bien; relátame todo lo que recuerdes del suceso.

PISTÓN.—Como digo, mi capitán, tenía yo entonces unos ocho años. Mi padre apenas si se ocupaba de mí. Había puesto tó su interés en el dinero, y jamás oí después de la muerte de mi madre ni una sola palabra de cariño.

CAP.—¿Hacía mucho que había muerto tu madre?

PISTÓN.—Mi madre había muerto hacía dos años, consumida por el carácter terrible de mi padre, que por la cosa más pequeña la emprendía a golpes. Era así. Tenía sus prontos, pero en el fondo no era malo. (*Pausa.*) Nuestra posada era la más concurrida, y mi padre debió ganar mucho dinero, porque algunas veces le oía yo decir, cuando ya solos, se retiraba a su cuarto: "Esto marcha Antonio, esto marcha." (*Llora.*)

CAP.—Vamos, vamos, serénate.

PISTÓN.—Entonces, cuando estaba contento, no se ocupaba de mí ni pa bien ni pa mal. Pero si en la posada había poca gente y las cosas no marchaban a su gusto, por la más pequeña la emprendía conmigo a puntapiés, llamándome pillete y hambrón. Ahora que, claro, como era mi padre y ya sabía yo que en el fondo era bueno y me quería, pues no me dolían los golpes... vamos, dolerme, sí que me dolían... Pero, vamos, no les daba importancia. Además, que tenía razón; yo no hacía más que comer, y comer de un modo...

CAP.—¿Qué gente había en la posada el día del crimen?

PISTÓN.—Dos huéspedes na más, que llegaron la noche antes. Yo no los ví, estaba ya acostao.

CAP.—¿Llegaron juntos?

PISTÓN.—No, señor.

CAP.—¿Y tú cómo sabes si llegaron juntos o no, si ya te hallabas acostado?

PISTÓN.—Porque mi cuarto estaba junto al de mi padre y sentí que se levantó dos veces a abrir la puerta. A la mañana siguiente me desperté con miedo por las voces que daba mi padre.

CAP.—¿Reñía?

PISTON.—Sí: discutía con uno de los huéspedes.

SARG.—A la orden de usted, mi capitán.

CAP.—Escriba usted, sargento. Rodríguez. (*A Pistón.*) ¿Decías que había en la posada dos viajeros, y que uno de ellos discutía con tu padre?

PISTON.—Sí, señor. Uno de ellos discutía con mi padre cuando yo me asomé a la escalera atraído por sus voces.

CAP.—¿Por qué discutían?

PISTON.—No lo sé. Como daban tantas voces me escondí. A poco oí un ruído así como de bofetadas. Entonces, procurando que no me vieran, volví a mirar, y ví que mi padre, con un cuchillo, acometía a aquel hombre, y que éste, arrojándose sobre mi padre, le derribaba en el suelo, y después huía por la puerta de la carretera.

CAP.—Le había matado, ¿verdad?

PISTON.—No, señor.

CAP.—¿Cómo?

PISTON.—Al marcharse aquel hombre, mi padre se levantó y dijo: "He librado el pellejo de milagro."

CAP.—¿Luego tu padre?...

PISTON.—Verá usted, mi capitán. En el momento de levantarse mi padre, volvió otro hombre, o aquél, yo no lo sé, de ello no estoy seguro, y quitándole el cuchillo, que aún tenía en la mano, se lo hundió en la garganta... todo, todo el cuchillo... De esto me acuerdo, mi capitán, como si lo estuviera viendo. ¡Y cuánta sangre, Dios mío, cuánta sangre!

CAP.—No, no, Pistón, te confundes seguramente. Tranquilízate y procura recordar bien lo ocurrido.

PISTON.—Así sucedió... Aquella escena no la olvidaré nunca. Luego el asesino lo registró todo y se fué.

CAP.—(*Pensativo.*) ¡Asesino y ladrón! (No puede ser.) Que venga el sargento Felipe. (*Vase Rodríguez.*) ¿Estás seguro de lo que afirmas?

PISTON.—Seguro, mi capitán.

CAP.—(Todo esto es muy extraño.) (*Pausa.*) Y sin embargo, ¿tú afirmas?...

PISTON.—Todo lo que he dicho.

CAP.—(*A Felipe.*) En pie, en pie. Nadie le ha dado permiso para sentarse.

FEL.—Perdone, mi capitán.

CAP—Ahora soy el juez. Me ha engañado usted con falsas revelaciones.

FEL.—¿Yo?

CAP.—Sí, señor. Ha querido usted ocultar la verdad, pero ésta se abre siempre camino. Usted no mató al posadero de Medellín estrangulándolo, sino clavándole un cuchillo en el cuello.

FEL.—¡Eso es falso!

CAP.—Ya supongo que fué en defensa propia.

FEL.—¡Falso! ¡Falso!

CAP.—Lo dice este testigo. (*Señalando a Pistón.*)

PISTON.—No, si yo no creo que fuera el sargento Felipe. Lo que digo es que a mi padre le asesinaron, clavándole un cuchillo en el cuello.

FEL.—Lo niego. Para cometer el crimen no me valí de ningún arma.

CAP.—¿Y no recuerda la cantidad que robó después?

FEL.—¿Yo ladrón? ¡Capitán! ¡Mi capitán! Declaro por mi honor, digo por mi honor... Yo declaro, yo juro por mi mujer, que no he robado jamás.

CAP.—Un momento de extravío, acaso la necesidad...

FEL.—¡No, no y no! Lo juro... Es verdad que el posadero y yo discutimos, que él me amenazó con un cuchillo, que yo me arrojé sobre él y lo derribé en tierra, cogiéndole por el cuello, y que, aterrado al verle inmóvil, huí por la puerta que daba a la carretera... nada más.

PISTON.—Eso es verdad. Lo recuerdo como si se reprodujese la escena...

CAP.—Pero... pero, ¿no volvió usted, recogió el cuchillo y se lo clavó al posadero?

FEL.—Espantado de mi crimen anduve por los alrededores del pueblo, hasta que viendo que nadie me perseguía, pude llegar a la frontera de Portugal.

CAP.—Luego tú dices, Pistón, que aquel hombre volvió.

PISTON.—Sí, señor.

FEL.—¡Falso, yo no volví!

CAP.—Sargento Felipe, ¿quién sospecha usted que puede haber presentado la denuncia?

PISTON.—Eso lo sé yo: Juan Lucas.

CAP.—Sargento, que comparezca ese soldado. El hombre que mató a tu padre tuvo que salir de una de las habitaciones de la casa si no volvió a entrar por la puerta de la carretera el mismo que huyó por ella.

PISTON.—Eso tenía que ser.

FEL.—Pero yo no volví.

SARG.—Mi capitán, el soldado Juan Lucas ha desertado.

CAP.—¿Que ha desertado? ¡Sargento de guardia!

BOL.—(*Que entra con Juan Lucas, a quien trae fuertemente del cuello.*) Ha desertado, pero aquí lo traigo.

CAP.—Bien, Bolo, bien; acabas de prestarme un gran servicio.

BOL.—Como que soy muy listo.

JUAN.—Ya nos veremos.

BOL.—¡Me parece difícil, porque tiés calabozo pa una temporadita larga!

CAP.—(*A Juan Lucas.*) Respecto al acto que acaba usted de realizar, nada tengo que decirle. Queda usted arrestado y a disposición del juez correspondiente.

JUAN.—Capitán.

CAP.—¡Silencio! ¿Por qué ha denunciado usted, Juan Lucas, al sargento Felipe como autor de la muerte del posadero?

JUAN.—¿Yo?

PISTON.—Sí, tú.

CAP.—¡Silencio! No es que le recrimine por su proceder, pues lejos de ello, su acción es meritoria y laudable.

BOL.—(¿A que le dan un premio?)

JUAN.—Pues entonces...

CAP.—Lo que le pregunto es que si lo que le ha impulsado a obrar así ha sido por espíritu de justicia.

JUAN.—Eso, mi capitán; la justicia.

CAP.—¿Luego usted confiesa que es el denunciador?

JUAN.—Lo confieso.

CAP.—¿Y usted cómo sabía que el sargento Felipe era el criminal?

JUAN.—¿Yo?... Yo sospechaba nada más...

CAP.—Perdone usted, su denuncia es terminante. ¿Quiere usted que se lea?

JUAN.—No, no; la recuerdo.

CAP.—Entonces, debo advertirle que cuando se hace una acusación tan rotunda, sin tener más que sospechas, se incurre en un delito...

JUAN.—¿En un delito yo?... Y ¿por qué? Acusé al sargento Felipe, porque sabía que era el criminal.

CAP.—¡Ah!, eso es otra cosa. ¿Usted dice que lo sabía?

JUAN.—No, yo no digo que lo sabía. He dicho que lo sospechaba.

CAP.—Le advierto, Juan Lucas, que está usted incurriendo en contradicciones...

JUAN.—Es que parece que alguien se ha propuesto perderme. ¿Qué im-

porta cómo lo he sabido, o si lo sospechaba nada más, si el autor del crimen es él?

CAP.—Es que hay indicios para suponer que el asesino pudo ser otro y no el sargento Felipe.

JUAN.—Habrá tóos los indicios que usté quiera. Pero ¿quién pué probar que él no es el asesino?

CAR.—(*Con resolución.*) ¡Yo!

CAP.—¿Cómo?

JUAN.—¿Tú?

CAR.—¡Sí, yo; yo puedo probar que no es el asesino, porque el asesino lo eres tú!

JUAN.—¡Esa mujer miente!

BOL.—(¡Rediez, qué descubrimiento!)

CAP.—Silencio. ¿Y usted quién es, señora?

CAR.—Su... mujer.

JUAN.—¡Miente, miente!

CAP.—Y ¿cómo sabe usted que ese hombre es el autor del crimen?

CAR.—Porque me lo dijo él. Como sé que fué él el denunciador del sargento Felipe y el que, con engaños, secuestró a su mujer.

CAP.—¡Ah!, esto es otra cosa. Y ¿qué fué lo que le dijo a usted del crimen?

CAR.—Me dijo que una noche, cansao de andar por los caminos, pidió posada en casa de la víctima. Aquella noche sólo había allí otro viajero.

CAP.—Muy bien.

CAR.—A la mañana siguiente, su compañero de hospedaje riñó con el patrón, porque no tenía dinero pa pagar.

JUAN.—¡Mentira!, yo no he dicho nada, capitán... Lo está inventando para perderme.

CAR.—Aquel muchacho, creyéndole muerto, echó a correr por la carretera, diciendo: "¡Dios mío, soy un asesino; le he matao!"

CAP.—¡Adelante, adelante; continúe usted!

JUAN.—¡Mala mujer, calla!

CAR.—Entonces salió Juan Lucas...

PISTON.—De...

CAP.—¡Silencio! ¿De dónde?

CAR.—De una habitación que había junto a la cocina, desde donde lo había visto to.

CAP.—Continúe, continúe usted.

CAR.—Y que en el momento de levantarse el posadero, le cogió el cuchillo que aún tenía en la mano, y se lo clavó hasta el mango en el cuello.

JUAN.—¡Miente!

CAR.—Me dijo, además, que al coger el cuchillo se hirió, y por eso tiene la cicatriz que se le ve en la mano derecha. (*Juan Lucas la esconde rápidamente.*)

BOL.—(*Examinándole a la fuerza la mano.*) ¡Sí, señor; aquí la tiene!

JUAN.—¡Ah!, mala mujer; al fin me has vendido.

CAR.—Ya te lo dije: *lloraremos tóos.*

CAP.—Sargento Felipe: está usted en libertad. (*Lucía aparece en la puerta.*)

FEL.—¡Mi capitán!

LUCIA.—¡Felipe!

FEL.—¡Mi Lucía! (*Se abrazan.*)

CAP.—Juan Lucas: queda usted detenido como autor de la muerte del posadero.

PISTON.—¡Viva el sargento Felipe!

BOL.—(*Tirando el gorro.*) ¡Viva! Y ahora, mi capitán, pa ser concreto del

lo, me caso con ésta por agradecimiento. (*Por Carmen. Se abrazan a él Pistón y Bolodrón.*)

CAP.—¡Queda incomunicado el detenido! (*El sargento se lleva a Juan Lucas.*)

TELÓN

CÁNDIDO ALONSO Y COMPAÑÍA
Ronda de Atocha, 15.
Madrid.—Teléfono 800.

TALLERES TIPOGRÁFICOS

MONTADOS CON LOS MÁS MODERNOS ELEMENTOS
NECESARIOS PARA LA IMPRESION DE OBRAS,
REVISTAS Y TRABAJOS MERCANTILES

Cándido Alonso y C.ª

RONDA DE ATOCHA, 15 ✧ **Teléfono M. 809.**

MADRID

Talleres de Fotograbado ELECTRO

BRONCE - CINCOGRAFÍA
CROMOTIPIA-FOTOLITO

LUIS SANTOS

PRECIADOS, 42. — MADRID

TELÉFONO 5.059

Representante: FRANCISCO SOLOVERA

ESCUELA ALEMANA

DE

IDIOMAS

ALEMÁN, FRANCÉS, INGLÉS, ITALIANO, RUSO

PROFESORADO INTERNACIONAL

MADRID

CALLE DE LAS HILERAS, 10

(ESQUINA A ARENAL)

Relación de los números publicados por "La Novela Cómica"

1 *El amigo Melquiades*, por Carlos Arniches.
2 *El modelo de virtudes*, por Pedro Muñoz Seca.
3 *La familia de la Sole; El porvenir del niño*, por Antonio Casero.
4 *Las pecadoras*, por Antonio Asenjo y Angel Torres del Alamo.
5 *La sobresaliente*, por Jacinto Benavente.
6 *Una pasión y un frac*, por Fernando Luque.
7 *El orgullo de Albacete*, por Paso y Abati.
8 *Lluvia de hijos*, por Federico Reparaz.
9 *La sombra de Otelo*, por José Montero.
10 *La cocina; La afición*, por Antonio Ramos Martín.
11 *El capricho de las damas*, por Asensio Mas, Cadenas y Blasco.
12 *El contrabando; De balcón a balcón*, por Sebastián Alonso y Muñoz Seca.
13 *Serafín el Pinturero*, por Arniches y Renovales.
14 *El Conde de Luxemburgo*, por José Juan Cadenas.
15 *Celia en los infiernos*, por Benito Pérez Galdós.
16 *La pradera de San Isidro; Las castañeras picadas*, por D. Ramón de la Cruz.
17 *El amigo Teddy*, por Antonio Palomero.
18 *¡Cuántas, calentitas, cuántas!; ¡Viva el difunto!*, por Tomás Luceño.
19 *Coba fina*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
20 *El puñao de rosas*, por Arniches y Asensio Mas.
21 *Aquí hase farta un hombre*, por Jorge y José de la Cueva.
22 *El baile de Luis Alonso; Las mujeres*, por Javier de Burgos.
23 *La nicotina*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
24 *La patria chica*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
25 *Los granujas*, por Carlos Arniches y José Jackson Veyan.
26 *El asistente del coronel*, por Gonzalo Cantó.
27 *La Cara de Dios*, por Carlos Arniches.
28 *El tambor de Granaderos*, por Emilio S. Pastor.
29 *El brillo de los cairelas*, por Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo.
30 *Los últimos frescos*, por Pedro Pérez Fernández y Fernando Luque.
31 *Las mocitas del barrio*, por Casero y Larrubiera.
32 *La verbena de la Paloma o el Boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*, por Ricardo de la Vega.
33 *Bohemios*, por Perrín y Palacios.
34 *Lista de Correos*, por Francés y Leal.
35 *El Santo de la Isidra* y *El tío de Alcalá*, por Carlos Arniches.
36 *Molinos de viento*, por Luis Pascua. Frutos.
37 *El abuelo*, por Benito Pérez Galdós.
38 *Las flaquezas del prójimo* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "Del Madrid castizo".
39 *El Cristo de la Vega*, por Cantó y Soldevilla.
40 *El redil*, por José Ramos Martín.
41 *El reloj de míster Hull*, por Melitón González.
42 *En un lugar de la Mancha*, por Pablo Parellada.
43 *Al primer vuelo...* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "El Bachiller González".
44 *Cosas que vuelven*, por González Hompanera y López Núñez.
45 *Las de Sabiñánigo de veraneo*, por A. R. Bonnat.
46 *El roble de "La Jarosa"*, por Pedro Muñoz Seca.
47 *La Peliculera* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "Sancho Panza".
48 *Lo que no muere*, por Alonso Gómez y Manzano Mancebo.
49 *Lorenza "la Resalá" o la verbena del barrio*, por Juan Tavares.
50 *Las urracas*, por Ignacio Iglesias.
51 *El gitanillo*, por Manuel Garrido.
52 *Doña María Coronel*, por M. Seca.
53 *Mi tía Ramona*, por Paul Gavault.
54 *La Tarasca del Barrio*, por José Mesa Andrés.
55 *Corazonadas*, por Flers y Caillavet

3 0112 117472610